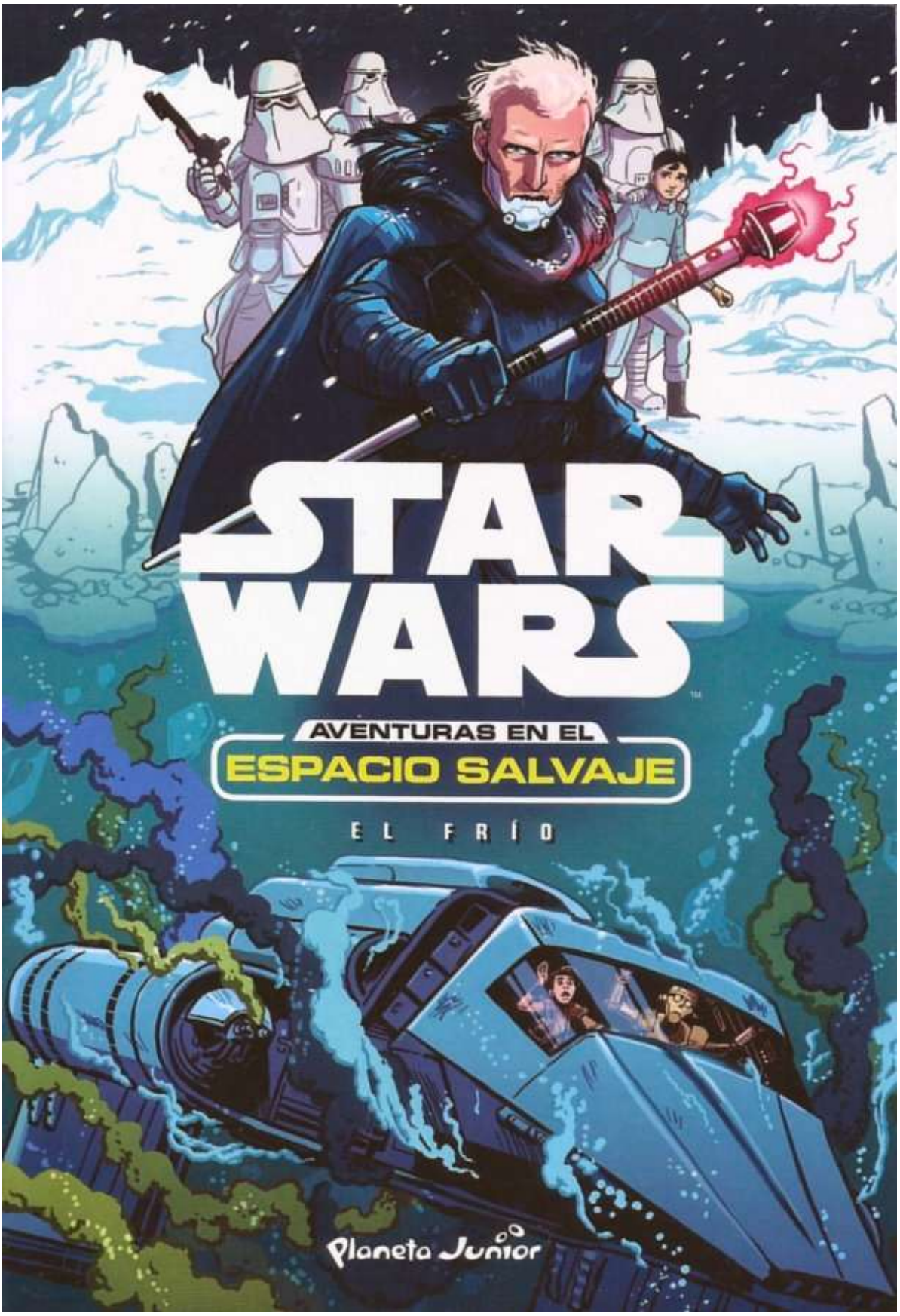

STAR WARS
AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
EL FRÍO
Planeta Junior

Milo y Lina Graf tienen una pista sobre el paradero de sus padres secuestrados, pero una emboscada en las profundidades del Espacio Salvaje los ha dejado aislados en un planeta de hielo con un viejo enemigo pisándoles los talones.

Libro 6

El frío

Cavan Scott

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Adventures in Wild Space: The Cold*

Autor: Cavan Scott

Arte de portada: David M. Buisán

Ilustraciones: David M. Buisán

Publicación del original: marzo 2017

unos 18 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

17.11.17

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

EL FRÍO

Son tiempos de oscuridad, el malvado Imperio Galáctico se hace más fuerte cada día y ahora ha puesto su punto de mira en el desconocido sistema solar llamado ESPACIO SALVAJE.

Después de que sus padres fueran capturados por el capitán Korda del Ejército Imperial, Lina y Milo Graf se unieron a los rebeldes Mira y Ephraim Bridger en el planeta Lothal, situado en el Borde Exterior. Han sobrevivido a monstruos, alienígenas, gánsteres y una despiadada cazarrecompensas, pero aún están lejos de descubrir la localización de su madre y su padre.

Cuando habían perdido toda esperanza, los Bridger reciben información de espías infiltrados en el Imperio que aseguran saber dónde tienen retenidos a sus padres…

CAPÍTULO 1

LA MENTIRA DE LINA

El motor del *speeder* rugía mientras se abría paso por el bosque, levantando una capa de hojas muertas y restos de musgo con sus repulsores. Milo Graf subió la marcha y aceleró aún más. Giró bruscamente, y estuvo a punto de impactar contra un montículo de termitas del tamaño de un wookiee.

—Esas cosas están por todas partes —se quejó, rodeando el nido.

—Lo habrías visto antes si no fueras tan rápido —gritó su hermana Lina. Estaba sentada tras él, rodeando a su hermano con los brazos.

—¿Quieres que nos cojan? —respondió Milo mientras cruzaban un claro. Lina tuvo que taparse los ojos. Se había acostumbrado a la penumbra del bosque y la repentina luminosidad del claro la estaba cegando.

Estuvieron a punto de chocar contra el tronco retorcido de un árbol caído cuando volvieron a perderse entre la arboleda.

—¿Los ves por algún lado? —preguntó Milo a su hermana mientras escupía un insecto que se le había colado en la boca.

Lina miró hacia atrás por encima del hombro.

—No, no les veo desde ha…

Se calló de golpe cuando le pareció divisar un destello rojo entre la espesa masa de árboles.

—¡Ahí están! —gritó mientras Milo rodeaba una árbol hanava, casi tirándola del asiento—. ¡Cuidado!

—¡Tú concéntrate en ellos!

Manteniendo un brazo alrededor de su hermano, Lina alcanzó la funda de cuero que tenía sujeta a la cintura. Desabrochó una de las tapas y sacó un tirachinas. El *speeder* escarlata estaba reduciendo la distancia, balanceándose entre los árboles y esquivando el montículo de termitas. Su piloto estaba inclinado sobre los controles, con la cara protegida tras una máscara. Una esbelta figura estaba sentada tras él. Era una mujer, que agarraba otro tirachinas.

La mujer disparó una bola brillante que salió directa hacia ellos. Milo giró el *speeder* hacia la izquierda. El proyectil pasó de largo y se disolvió en una lluvia de chispas. Lina suspiró aliviada. Había estado cerca.

—¿A qué esperas? —gritó Milo por encima del hombro—. ¡Dispara!

Cerrando un ojo, Lina apuntó con el tirachinas y disparó.

La mujer se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Le he dado! —exclamó Lina animada—. ¡Le he dado!

—¡Por fin!

—¡Me gustaría ver cómo lo haces tú!

—¿Quieres que nos cambiemos?

Antes de que la chica pudiera contestar, Milo giró tan violentamente que la rodilla de Lina raspó la superficie del bosque. Se apretó contra la espalda de su hermano y cerró los ojos con fuerza.

—¡Oh, no!

Lina levantó la cabeza para mirar sobre los hombros de Milo.

—Oh, no ¿qué?

Y entonces vio el montículo de termitas más grande que había visto jamás. Se alzaba hacia el cielo como un edificio. ¡Estaban a punto de chocar contra él!

—¡Milo! —gritó Lina, pero su hermano no respondió. Pulsó con fuerza los frenos y el *speeder* comenzó a derrapar. Intentó desplazarse hacia uno de los lados, pero ya era demasiado tarde.

—¡Salta! —gritó Milo mientras saltaba del vehículo. Lina hizo lo mismo, quejándose al impactar contra el suelo y mientras rodaba hasta detenerse. El *speeder* chocó contra el montículo, con lo que un montón de polvo y escombros salieron volando por los aires.

—A mamá no le va a gustar —gruñó Milo cuando el *speeder* rojo se detuvo frente a ellos.

Esta vez no había escapatoria.

Cautelosamente, Lina se puso de pie, con las manos levantadas en señal de rendición.

—Yo de vosotros me rendiría —dijo el hombre de la máscara mientras salía del *speeder* con la mano acariciando ya su tirachinas—. ¡Esto se ha terminado!

—¡Yate gustaría! —gritó Milo, revolviéndose—. ¡No hay rendición!

Corrió hacíalos árboles, pero su enmascarado perseguidor alzó el tirachinas y disparó.

—¡Ay, no es justo! —se quejó Milo cuando el sensor de su espalda vibró—. ¡Papááá!

El hombre levantó la mano y apartó el cristal de la máscara, revelando el hermoso rostro de su padre, Auric Graf.

—¡Hemos ganado limpiamente, cariño!

—Sin estrellar nuestro *speeder* —apuntó la mujer desde el transporte. Después se echó a reír, incapaz de seguir actuando. Bajó del *speeder y abrazó* a su hija—. Buen disparo, Lina.

Lina le sonrió.

—No te preocupes mamá. Yo arreglaré el *speeder* de Milo.

Rhyssa la abrazó con fuerza.

—Ya sé que lo harás. ¡De tal palo, tal astilla!

Tras ellos, Milo sacó su comunicador.

—Dime que lo has grabado todo, Cráter —dijo hacia el aparato, que le devolvió de inmediato una voz mecánica.

—¿A la velocidad a la que viajan? —dijo CR-8R, el engreído droide de los Graf—. ¿Sabe que los holodrones no tienen hiperpropulsores como ustedes?

—Lo ha grabado —dijo Auric despeinando la cabeza de Milo—. Podemos verlo juntos cuando volvamos al *Ave*. Vamos a casa.

—¡Pausa!

La imagen de Auric y Milo se congeló: un hombre alto observando a su hijo con afecto. Sentado en la sala de estar del *Ave Susurro*, Milo suspiró. Debía de haber visto esa holograbación cientos de veces. Ese había sido un gran día. El mejor. *Speeders* por el bosque de termitas al norte de Indoumodo. Sus ojos estaban concentrados en la escena holográfica que tenía enfrente. Mamá ayudando a Lina a hacer funcionar de nuevo los repulsores del *speeder*. Milo riendo con su padre. Mamá había modificado esos tirachinas para que sus proyectiles sólo activaran los sensores de sus espaldas. Mamá y papá siempre intentaban encontrar tiempo para jugar, no importaba qué planeta estuvieran explorando.

Las lágrimas volvieron a llenar los ojos de Milo. No, no iba a llorar de nuevo. No era por eso por lo que había estado buscando por la colección de hologramas de los Graf. Sólo quería recordar cómo era la vida antes de que empezara la pesadilla, antes de que mamá y papá fueran capturados por el capitán Korda y el Ejército Imperial.

Nunca admitiría eso ante Lina, pero a veces Milo se esforzaba por recordar su aspecto.

—Apagar —dijo al proyector. La escena del bosque se desvaneció.

Los reducidos espacios del *Ave Susurro* nunca habían parecido tan vacíos.

Un pequeño animal de color rojizo correteó por el suelo, chillando alegremente mientras se lanzaba a los brazos de Milo.

—¡Cuidado, Morq!

Milo rio a pesar de que el mono-lagarto kowakiano que tenía por mascota le hizo perder el equilibrio. Cayó de espaldas y abrazó a la criatura. De alguna manera, Morq sabía cuándo necesitaba que lo animaran.

—Vamos —dijo Milo reconfortado por los abrazos del mono-lagarto—. Vamos a molestar a Lina y a Cráter, ¿vale?

—Saliendo del hiperespacio.

El *Ave Susurro* se estremeció cuando el vórtice azul del exterior de la nave quedó remplazado por un vasto campo estelar. Los planetas y las lunas se acercaban hacia ellos hasta que los motores del *Ave* se detuvieron por completo.

Lina se sentó en el asiento del piloto y miró hacia la luz de advertencia que parpadeaba sobre su cabeza. Alargó la mano y golpeó la bobina. Un estabilizador trasero estaba fallando. No era un problema. Las reparaciones podrían esperar hasta que estuvieran de vuelta en Lothal. Después de todo lo que había aguantado el *Ave Susurro* durante las últimas semanas, era un milagro que pudiera seguir volando y, sobre todo, navegando por el hiperespacio.

Milo entró en la cabina tras ella. Tan pronto como cruzó la puerta, Morq saltó del hombro del muchacho para aterrizar en la cabeza metálica de CR-8R.

—Apártate, saco de pulgas —espetó el droide, golpeando al mono-lagarto con uno de sus cromados brazos. Lina sonrió. A Morq le encantaba atormentar al pobre CR-8R pero, a pesar de sus quejas, tenía la sospecha de que el droide disfrutaba en secreto de la atención.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Milo dejándose caer en el asiento tras la estación de navegación de CR-8R.

—Sep —dijo Lina evitando cruzar una mirada con su hermano. Estaba demasiado ocupada comprobando el localizador de fallos—. Sólo tengo que comprobar los sistemas primarios antes de localizar el transmisor.

—Sigo sin creerme que los Bridger estén de acuerdo con esta misión —dijo CR-8R, que logró deshacerse de Morq con una explosión de aire comprimido de uno de sus brazos—. Confiar la reparación de una estación de retransmisiones a un par de niños…

—¡Oye! —exclamó Lina—. ¡Sabemos lo que hacemos!

—Bueno, habla por ti —admitió Milo—. No sabría distinguir la matriz de un transmisor de la de otro.

Lina puso los ojos en blanco. Habían estado viviendo con Ephraim y Mira Bridger en Lothal durante un tiempo, desde que los rescataran de las manos de una cazarrecompensas conocida como Shade. Los Bridger eran rebeldes que retransmitían en secreto mensajes en contra del Imperio por todo el Borde Exterior. Utilizaban una red de satélites abandonados desde los días de la Antigua República, aprovechando frecuencias que el Imperio consideraba obsoletas. Uno de esos satélites había dejado de funcionar y Lina se había ofrecido a viajar hasta allí para arreglar el problema.

—No sé… —había dicho Mira ante la propuesta, fijando sus ojos morados en los niños, pero Lina podía llegar a ser extremadamente persuasiva cuando quería.

—No pasará nada —contestó Lina a sus anfitriones—. El transmisor está en medio de la nada, tan lejos del Imperio como se puede llegar. Podemos ir allí y volver en unos pocos días. Además, tenemos a Cráter que cuida de nosotros.

Pudo oír la respuesta molesta de CR-8R:

—Señorita Lina, fui construido por su madre para ayudar en investigaciones científicas serias. ¡No soy una niñera!

Finalmente los Bridger aceptaron. El estómago de Lina se removió cuando recordó cómo Ephraim había persuadido a su mujer para que los dejaran ir.

—Podemos confiar en ellos, Mira; saben lo que hacen.

Mira suspiró.

—Supongo que tienes razón. No podemos tenerlos encerrados en el sótano para siempre.

Milo se inclinó hacia delante en su asiento para mirar a través de la ventana de transpariacero de la cabina.

—¿Cuánto queda para llegar a Pion?

Junto a Lina, CR-8R se volvió al oír ese nombre.

—¿Pion? No vamos a Pion, señor Milo.

Lina cerró los ojos y esperó lo inevitable. Tenía que pasar antes o después.

—Sí, sí que vamos —insistió Milo—. Allí es donde Ephraim dijo que estaría el transmisor defectuoso. En el sistema Pion.

Lina sintió que los sensores oculares de CR-8R se fijaban en ella.

—Pero la señorita Lina me dijo que pusiera rumbo hacia el sistema Xala.

—¿El sistema Xala? —exclamó Milo. Ahora él también se había vuelto hacia su hermana—. Lina, ¡no!

—¿No qué? —preguntó CR-8R.

Lina suspiró. Era el momento de aclarar las cosas. Giró la silla para encararse con Milo.

—El sistema Xala no está muy lejos de Pion. Podemos echar un vistazo y después dirigirnos al transmisor antes de que los Bridger sepan lo que hemos hecho.

CR-8R tenía los brazos cruzados ante su cuerpo redondeado.

—¿Y qué es exactamente lo que están haciendo, señorita Lina?

—¡Hemos mentido a los Bridger! ¡Eso es lo que estamos haciendo! —respondió Milo—. Bueno, más bien, ¡ella les ha mentido!

—Mira, Cráter —empezó Lina—, no he mentido. Simplemente no les he contado que vendríamos aquí primero. ¿Recuerdas que Mira obtuvo información de su contacto en el Imperio? ¿Información sobre dónde están mamá y papá?

—¡¿Información?! —exclamó CR-8R—. ¿Quién se cree que es, señorita Lina? ¿Una espía bothan?

—La información sugiere que están retenidos en el sistema Xala —continuó Lina, ignorando al droide—. ¡Aquí!

—Pero Ephraim dijo que era demasiado peligroso —le recordó Milo—. Y no hay forma de saber si la información es real o no. Podría ser una trampa.

—O podría ser verdad. Ephraim tenía razón. No podemos estar seguros, a menos que echemos un vistazo. No podemos ignorarlo, Milo. Si mamá y papá están allí…

—¡No! —dijo CR-8R firmemente—. Ha engañado a los Bridger. Me ha engañado a mí.

—Pero, Cráter…

—¡No hay peros que valgan! Voy a poner rumbo a Pion de inmediato. Una vez el satélite esté reparado, ¡volveremos directamente a Lothal para que pueda pedir perdón!

Tras ellos, Milo resopló.

—Bueno, echar un vistazo rápido no nos hará daño, ¿no? Ya que estamos aquí…

CR-8R giró la cabeza de repente.

—¡Señor Milo! ¿Usted también?

—No tardaremos mucho, lo prometo —dijo Lina, aprovechando la oportunidad—. Es-canearemos el sistema en busca de signos de vida, eso es todo. —Miró hacia la gigantesca luna helada frente a ellos—. Probablemente no encontraremos nada, pero si hay una oportunidad de que mamá y papá estén allí…

Dejó la frase en el aire. CR-8R miró primero a uno de los niños y luego al otro, antes de admitir su derrota.

—Oh, muy bien. Pero al más mínimo signo de peligro, nos marchamos.

Lina no esperó a que cambiara de opinión y aceleró la nave en dirección a la luna helada.

—Gracias, Cráter. No te arrepentirás, te lo prometo.

Pronunció las palabras justo antes de que una explosión retumbara por todo el *Ave Susurro*.

CAPÍTULO 2

ALUNIZAJE

—¿Qué ha sido eso? —gritó Milo cuando se cayó del asiento.

CR-8R comprobó el informe de daños.

—Hemos sido alcanzados por un proyectil láser. Muy cerca de las rejillas de ventilación exteriores.

Más explosiones retumbaron por toda la nave y la cabina se tambaleó mientras el *Ave Susurro* se sacudía violentamente.

—¿Más disparos? —gritó Lina.

—Negativo —respondió CR-8R tras analizar la información que enviaba el ordenador del *Ave Susurro* a su procesador—. El primer disparo ha provocado una reacción en cadena dentro de la nave. Hemos perdido el hiperpropulsor, los estabilizadores de combustible, los compensadores de aceleración…

Las explosiones se seguían sucediendo.

—¿No puedes estabilizarla? —preguntó Milo, intentando mantener a Morq cerca.

—¿Qué crees que trato de hacer? —respondió Lina bruscamente mientras se peleaba con los controles—. ¿Quién nos ha disparado?

—Espera —dijo Milo, que se había colocado de nuevo en su asiento. Volviéndose hacia el panel de control trasero, pulsó un gran interruptor verde—. ¡El escáner externo no funciona!

—¿Por qué no? —preguntó Lina.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Milo antes de golpear la pantalla en blanco con el puño.

—Permítame —dijo CR-8R conectándose a un puerto de acceso de la consola. Se oyó un chasquido cuando el droide intentó reiniciar el sistema de comunicación del *Ave*.

—¡Date prisa! —dijo Milo.

—¡Ya lo intento!

La visión estática de la pantalla fue sustituida por la imagen de la parte trasera del *Ave Susurro*. Los perseguía una elegante nave estelar. Era del mismo color que un caza TIE, con una cabina puntiaguda propulsada por dos motores idénticos.

—Curioso —comentó CR-8R—. Nunca había visto una nave con esa configuración.

—Tiene que ser imperial —dijo Milo.

—¿Tan lejos en el Espacio Salvaje? —preguntó Lina intentando mantener el *Ave Susurro* recta.

—¡Sabía que sería una trampa! —gritó CR-8R. Otra explosión retumbó por la nave y Lina gritó al ver cómo las chispas salían de los controles que tenía sobre la cabeza. La

nave se tambaleó hacia la derecha y Milo se golpeó la cabeza contra los controles del ordenador.

—¿Estás bien? —le preguntó Lina mirándolo por encima de su hombro.

—Ya te lo diré cuando la cabina deje de moverse —se quejó su hermano.

Lina tiró de la palanca de control, pero ésta no respondió.

—¡No, no, no! ¡Esto es malo!

—¿El qué? —dijo Milo cuando apareció junto a ella.

—Los motores no responden —respondió Lina pulsando frenéticamente los botones del salpicadero—. No puedo frenar.

—¿Y eso es un problema? Lo que deberíamos hacer es huir tan rápido como sea posible.

—No lo entiendes —dijo Lina mirando a través del cristal delantero—. Hemos entrado en la órbita gravitacional de la luna de hielo. ¡Vamos a chocar!

En la cabina de la nave imperial, el piloto droide RX-48 se golpeó la visera del casco con frustración.

—¡Se suponía que sólo tenías que anular sus motores! —gruñó una voz profunda tras él.

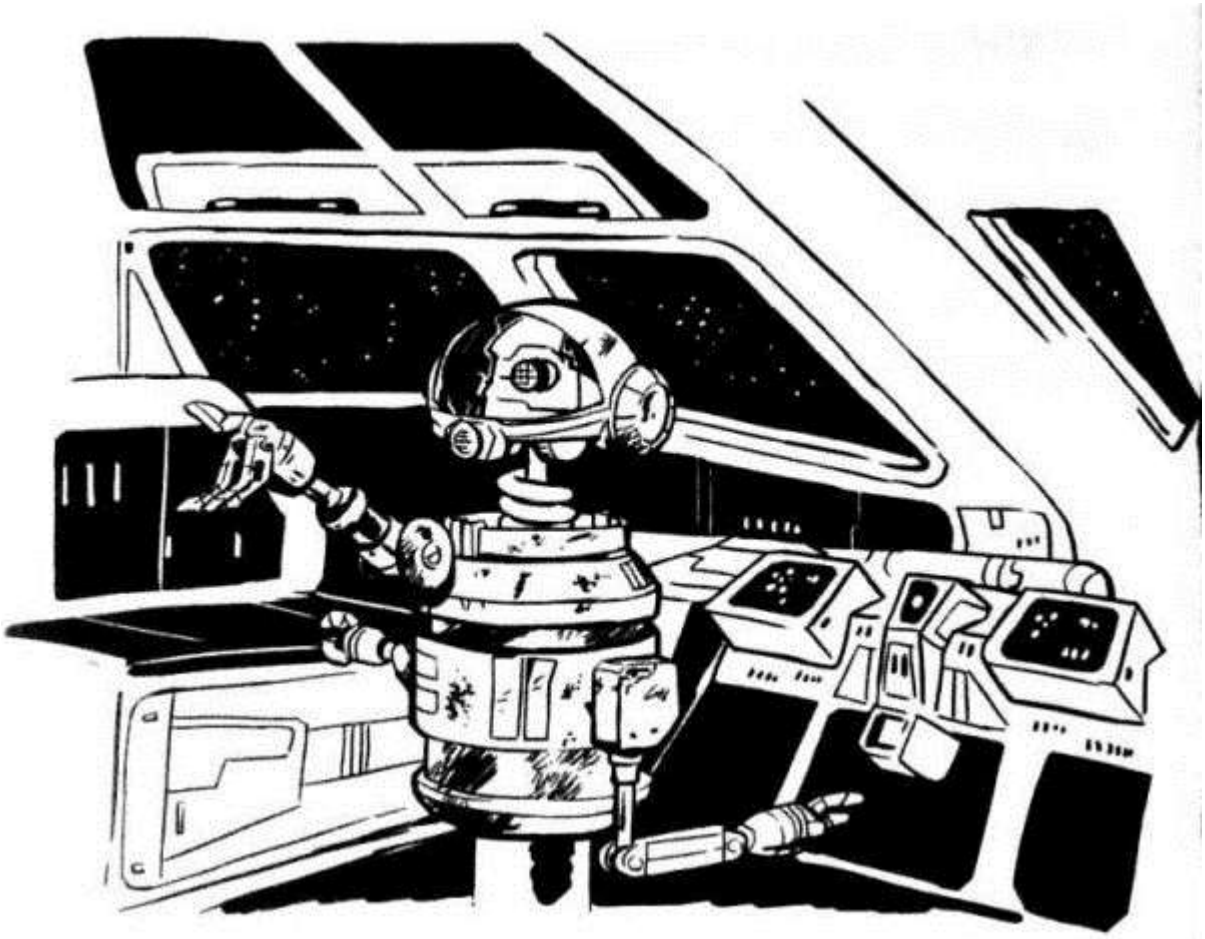
—Misión cumplida —se burló RX-48 mientras el *Ave Susurro* se precipitaba hacia la montañosa luna—. ¡También he destruido su sistema de navegación, sus soportes vitales y sus defensas! ¡Bien por mí!

RX-48 podía imaginar la mirada en la cara del humanoide. También podía imaginar las manos de aquel idiota alcanzando su bláster.

«Pues vamos, entonces —pensó el droide para sí mismo—. Párteme en mil pedazos. ¡Me gustaría verte pilotar el *Mensajero Estelar* por tu cuenta, inútil!».

—¿Qué te hace tanta gracia? —se quejó su jefe.

—Sólo que has robado una nave de exploración imperial de primera calidad para perseguir ese saco de tornillos —respondió RX-48—. Me parece excesivo. ¡Menuda chatarra!



—Esa chatarra contiene algo muy valioso. Te aseguro que no te reirás tanto si se destruye.

RX-48 miró a través de su mugrienta visera. El *Ave Susurro* estaba en mal estado. La potencia desaparecía de sus motores y una docena de incendios asomaban por varias grietas del casco. No había garantías de que la nave llegara a la luna, y mucho menos de que fuese a chocar.

—Dijiste que eras el mejor de los mejores —le recordó al droide con su áspera voz—. ¡Haz algo!

—Dije que era el más barato de los mejores —dijo RX-48 agarrando los controles con tres de sus brazos—. ¡Lo barato sale caro!

RX-48 oyó el crujido de los guantes del hombre que lo había contratado. Sí, definitivamente esta vez había agarrado su bláster.

—Pero no hay necesidad de hacerlo todo en un mismo momento —añadió antes de que su jefe rescindiera el contrato por completo—. Los cogeremos, sólo espera y verás. ¡Activando rayo de atracción!

—Definitivamente, ¡el planeta se está acercando! —dijo Milo mientras lo observaba por encima del hombro de Lina.

—¡Es una luna! —corrigió CR-8R sin levantar la mirada del ordenador.

—No me importa lo que sea —espetó Milo—. ¡Sólo evita que nos estrellemos!

—Los controles no funcionan —dijo Lina, mientras un resplandor se extendió por la vitrina delantera—. Estamos entrando en la atmósfera.

Milo no sabía qué era peor: si el calor en la cabina o el horrible olor a quemado.

Hubo un nuevo golpe en la parte de arriba y otra alarma se unió al coro de gemidos electrónicos.

—¿Ahora qué? —preguntó Milo.

—La nave imperial está intentando agarrarnos con un rayo de atracción —le dijo CR-8R.

—Tres hurras por el Imperio —dijo Milo sin esconder la ironía en su voz—. Entonces, ¿por qué no frenamos?

Lina revisó los instrumentos.

—Hay algo en la atmósfera superior de la luna que lo está impidiendo. No pueden fijarnos.

—Genial. Ni siquiera podemos confiar en que los malos nos cojan. ¿Alguna idea más?

Lina se ajustó la mandíbula, con la mirada fija en el frente.

—No os va a gustar.

—Prueba —respondió Milo.

Señaló la cresta de unas montañas nevadas que se extendían ante ellos.

—Las usaremos para frenar.

Los ojos de Milo se abrieron de par en par.

—¿Usarlas cómo? ¿Chocando contra ellas?

Lina se encogió de hombros.

—O rebotando sobre ellas.

—Tienes razón. No me gusta —le dijo Milo—. Ni pizca.

—¿Qué otra opción tenemos?

Milo se esforzó en pensar en una alternativa.

—¿Cápsulas de escape?

CR-8R echó un vistazo al localizador de fallos.

—Dañadas y sin reparación posible. No las lanzaríamos a tiempo.

—¿Mochilas propulsoras?

Lina le lanzó una mirada.

—¿Estás loco?

—¡Dijo la chica que quiere usar una cordillera entera como si fuese una colchoneta!

—Discutir no es la solución —gritó CR-8R—. Nadie quiere estrellarse contra un planeta helado, pero…

—¡Pensaba que decías que era una luna! —apuntó Milo.

Lina tragó saliva. Las montañas estaban cada vez más cerca.

—Muy bien chicos, preparaos. ¡Esto va a doler!

—¿Qué pasa con el rayo de atracción?

—Estoy un poco ocupado ahora mismo —respondió RX-48, intentando controlar el descenso con tres brazos—. A menos que quieras tomar los controles.

—¡Una idea excelente! —dijo su cliente mientras aparecía junto a RX-48. Deslizándose en el asiento del copiloto, sacudió uno de los brazos del droide y tomó los controles de la nave.

—¡Oye! —exclamó RX-48—. ¿Dónde están tus modales?

—¡Estaba ponderando los pros y los contras de lanzarte por la escotilla de ventilación! —El humanoide entrecerró los ojos, mirando al ventanal—. ¿Ahora qué pasa?

El exterior se había oscurecido por las arremolinadas nubes.

RX-48 revisó su pantalla.

—Una ventisca. Bastante molesta, por lo que parece.

—¡Una pequeña advertencia no hubiese venido mal!

—Ha aparecido de la nada —se excusó RX-48, levantando la cabeza para intentar ver algo—. Soy piloto, no una veleta.

Una luz parpadeó en la consola.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el humanoide mirando la bombilla como si fuese la causa de todos sus problemas.

—Alerta de proximidad —informó RX-48—. ¿Recuerdas esas montañas cubiertas de nieve?

—¿Dónde están?

—Tus suposiciones son tan válidas como las mías, pero yo ascendería si fuese tú.

—¿Qué?

—¡A menos que quieras saber lo que pasa cuando una nave de exploración se estrella contra una enorme masa rocosa!

Con un bramido el matón que tenía por jefe RX-48 tiró los controles hacia atrás.

—¿Estás segura de esto? —gritó Milo a medida que el *Ave Susurro* se adentraba en la tormenta.

—Lo estaba —admitió Lina—, ¡cuando todavía podía ver por dónde íbamos!

—La próxima vez, ¡yo pilotaré la nave! —protestó CR-8R, justo antes de que una tubería estallara sobre su cabeza y emanara vapor presurizado.

—¿Quién dice que habrá una próxima vez? —preguntó Lina manteniendo la poca compostura que le quedaba—. ¡Allá vamos!

Confiando en que hacía lo correcto, Lina tiró hacia atrás la palanca de control. El *Ave Susurro* tembló, su parte delantera se elevó a medida que los repulsores aceleraban. Volaban a ciegas y Lina había tenido que suponer la distancia a la que se encontraban de las montañas. Pero… ¿había supuesto bien?

Hubo una repentina y fuerte convulsión cuando la nave golpeó algo. La cabeza de Lina se sacudió bruscamente hacia atrás y por un segundo vio las estrellas, antes de lanzarse de nuevo hacia delante.

¡Pum! Hubo otro impacto, seguido por el sonido del metal desgarrándose, y volaron recto de nuevo.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Lina aliviada, sujetando la palanca de control.

—¿El qué, exactamente? —preguntó CR-8R.

—Rebotar en la montaña —dijo Milo, respirando con dificultad—. Como una piedra sobre la superficie de un lago. Eres brillante, hermanita. Una maníaca, pero brillante al mismo tiempo.

—Sólo si consigo que aterricemos a salvo —dijo Lina mirando a través de la nieve—. Nos hemos estabilizado, pero no podemos saber contra qué chocaremos cuando lleguemos al suelo.

Junto a ella, la cabeza de CR-8R zumbó.

—Accediendo a los archivos de la familia Graf —anunció, antes de callarse durante lo que pareció una eternidad.

—¿Y bien? —preguntó Milo.

—Su madre y su padre nunca exploraron esta luna —informó CR-8R—. Aunque una exploración de largo alcancé indicó que aproximadamente el 89,94 por ciento de su superficie está cubierta de océanos helados.

Ante ellos, la tormenta había empezado a clarear y revelaba una vasta amplitud de hielo que se extendía en todas las direcciones.

Una vasta amplitud de hielo que cada vez se encontraba más cerca.

—Sujetaos a algo —dijo Lina con los dientes apretados—. ¡Voy abajar!

CAPÍTULO 3

ATERRIZAJE FORZOSO

El sonido del *Ave Susurro* golpeando el congelado océano resonó por todo el paisaje estéril. La nave se deslizó y abrió una brecha en el hielo antes de detenerse por completo. El humo salía de los motores mientras la tormenta pasaba sobre sus cabezas. Un instante después todo quedó en calma, el campo ártico estaba en silencio salvo por el lejano grito de los reptiles voladores.

Con un silbido hidráulico, una escotilla se abrió en la parte superior de la nave dañada. Lina Graf salió por la abertura, terminando de abrocharse una gruesa chaqueta de invierno.

—Hace muchísimo frío —dijo al comunicador.

—¡Dime algo que no sepa! —respondió Milo desde el otro lado de la línea—. ¿Cuáles son los daños?

Lina, de pie sobre el *Ave Susurró*, miró a su alrededor. El océano helado se extendía hasta donde podía ver. Un desolado paisaje sólo interrumpido por una docena de imponentes islas. En la distancia, inmensas columnas de agua se alzaban hacia el cielo como géiseres. Debía de ser por la presión del mar que había debajo, que empujaba el agua a través del hielo y la lanzaba hacia la atmósfera.

¡No podrían haber aterrizado en una bola de nieve más inhóspita ni aunque lo hubiese hecho aposta!

Pero quedarse ahí plantada no iba a ayudar. El hielo alrededor de la nave estaba lleno de escombros y placas del casco, esparcidas a causa del choque. El *Ave Susurro* estaba hecha trizas, pero por lo menos habían conseguido aterrizar con vida.

—¿Lina?

La joven se acercó el comunicador a los labios, que probablemente ya se estarían volviendo azules.

—Lo siento. Podría ser mucho peor. ¿Qué tal está ahí abajo?

—Parece como si una explosión solar hubiese golpeado la cabina y Cráter no deja de correr de un lado para otro apagando los fuegos. Pero aparte de eso… todo bien.

—Voy a mirar el tren de aterrizaje —dijo Lina, iniciando su descenso hacia la parte inferior de la nave. Se detuvo en el último peldaño y saltó al hielo.

Los pies de la chica resbalaron y aterrizó con un golpe sobre su trasero.

—¿Estás bien? —preguntó Milo.

Lina se alegró de que no la hubieran visto caer.

—¡Bien! Todo bien.

Suspirando, se metió las manos en los bolsillos y encontró un juego de sujeciones antideslizantes para sus botas. Se las puso, antes de empezar a buscar sus guantes.

Al percibir algo, se puso de pie con cautela.

Los pinchos de las botas la sujetaron. Bien.

¡Ya había tenido suficientes aterrizajes forzosos por un día!

Las chispas salían del extremo del ala de estribor del *Ave Susurro*. Lina se acercó con dificultad y encontró un cable de alimentación expuesto. Instintivamente, acercó su mano hacia el cinturón de herramientas. Un j cable dañado era la menor de sus preocupaciones, pero las reparaciones tenían que empezar por algún lado.

—¿Puedo ir afuera contigo? —pidió Milo por el comunicador—. ¡Cráter me está volviendo loco!

—Sí, por favor, salga —oyó la respuesta de CR-8R—. ¡No quiero que entorpezca mis pasos!

—¡Ni siquiera tienes pies!

—No tenemos tiempo para esto —espetó Lina—. Esa nave sigue ahí fuera, ¿recordáis?

Ahora la voz de Milo sonaba resentida.

—Vale, pero no tardes demasiado, ¿de acuerdo?

Lina sacó un pequeño soldador y comenzó a trabajar en el ala.

—Sólo necesito un minuto para arreglar esto…

Un profundo gruñido la detuvo en mitad de la frase.

—¿Lina?

¿Qué había sido eso? ¿Un animal? No, sonaba como una estructura, como el casco de una nave crujiendo bajo un peso.

—Lina, ¿estás ahí?

Hubo un ruido bajo sus pies que, más que oír, pudo sentir. Erauna vibración a través del hielo, a través de los pinchos de sus botas, a través de todo su cuerpo.

La voz de Milo llegó por el comunicador.

—Lina, ¿puedes sentirlo? ¿Es un terremoto?

Lina sabía que no lo era, que era algo mucho peor que eso.

—Milo, salid de ahí —gritó al dispositivo—. ¡Salid de ahí ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Qué…?

No pudo oír el resto de la pregunta. El hielo bajo el *Ave Susurro* se hizo añicos a la vez que una columna de agua humeante se alzaba hacia el cielo. Lina se alejó de la nave y se tambaleó sobre el hielo, gritando de dolor. Se detuvo. El agua caía como una lluvia caliente, salpicando el suelo congelado, la misma agua que lanzaba el *Ave* hacia arriba.

Aquel pensamiento la volvió en sí. ¡El *Ave*!

Su cuerpo estaba todavía dolorido a causa de la caída, pero tenía que actuar. Resopló, dejando salir de su pecho un suspiro de desesperación.

No había rastro del *Ave Susurro*. En lugar de eso, la nave había sido remplazada por un gran agujero en el hielo.

—¡Milo! —gritó, pero fue inútil. No podría oírla.

El *Ave Susurro* se había hundido en las profundidades, llevándose a Milo con él.

La cubierta se levantó bajo los pies de Milo y cayó de morros en el suelo de la cabina. En algún lugar sobre él, Morq dio un grito asustado, mientras los circuitos y los paneles se venían abajo.

—¡No pasa nada, Morq! —gritó Milo, pero no estaba muy seguro de estar en lo cierto.

Un momento estaban en el hielo, y al siguiente habían sido arrojados al aire como si los hubiera golpeado un murciélago gigante.

Todo había pasado muy rápido. La cabina se había dado la vuelta. Milo volvió a ponerse en pie. Entonces llegó el segundo impacto, acompañado de un chapoteo.

Milo había aterrizado de espaldas y vio el agua al otro lado del vidrio delantero.

Ahora había otro ruido, una corriente profunda y gutural de agua que provenía de la parte trasera de la nave. Por un momento, Milo no supo de dónde procedía, o qué significaba. Pero lo entendió enseguida.

La compuerta. Lina había abierto la compuerta para salir. El agua helada del mar estaba empezando a entrar. ¡Se estaban inundando!

—Señor Milo —dijo CR-8R cuando apareció por la puerta de la cabina—. Está entrando agua. Es la…

—Compuerta, lo sé —respondió Milo, agarrando un asiento y sentándose frente al ordenador—. ¿Podemos cerrarla desde aquí?

—No —dijo CR-8R—. Sólo se puede cerrar a mano.

—¿Por qué no me sorprende? —gruñó Milo cuando una cascada de agua helada entró en la cabina. Jadeó cuando aquel diluvio lo golpeó, dejándole sin aliento.

—Súbase encima de mí —ordenó CR-8R.

—¿Por qué? —exclamó Milo como respuesta.

—¡Sólo hágalo!

Milo no esperó a que volviera a decírselo. Se subió a la espalda de CR-8R, sujetándose en dos de los brazos manipuladores del droide. Con un chillido, Morq saltó sobre la cabeza de CR-8R.

—No, ¡tú no! —farfulló el droide.

—¡Está asustado! —insistió Milo.

—¡Y yo también! ¡Aguante!

Sus repulsores rugieron y los lanzaron contra la marea de agua. Llegaron a los camarotes y vieron como el agua entraba a borbotones por la compuerta superior. Las habitaciones se estaban inundando rápidamente y CR-8R se esforzaba por mantenerse por encima del nivel del agua.

—Llévame a la escalera —dijo Milo—. Subiré hasta la compuerta.

—No lo conseguirá —le dijo CR-8R.

El droide se había acercado a un barril de plástico que flotaba sobre el agua revuelta. Sus brazos manipuladores soltaron a Milo.

—¿Quieres que suba a eso?

—¡Y llévese también al mono-lagarto!

Milo pasó una pierna sobre el barril, como si estuviera montado en un dewback. El plástico estaba resbaladizo y tuvo que agarrarse al borde mientras Morq se le subía a los hombros.

—¿Tú qué vas a hacer? —gritó Milo al droide por encima del clamor de las aguas.

CR-8R no gastó tiempo en responder. Aceleró sus repulsores elevándose hacia la escotilla. Milo se apartó los pelos de los ojos mientras el droide desaparecía en el torrente, agarrándose a la escalera con sus brazos mecánicos.

—¡Cráter!

El barril flotaba cada vez más arriba, con el nivel del agua prácticamente en el techo.

—Cráter, ¿estás bien?

Se produjo un crujido y un golpe, y el agua dejó de subir. Milo miró hacia arriba para ver un CR-8R empapado en lo alto de la escalera, con la compuerta firmemente cerrada sobre su cabeza.

—Lo has conseguido —se alegró Milo.

—Mis articulaciones se van a oxidar —respondió el droide, sacudiendo su cabeza como un sabueso después de un baño—. Tengo agua en mis receptores de audio, es lo único que sé.

—¿Milo?

La voz de Lina chirrió desde la cintura del chico. Agarró el comunicador, con los dedos todavía rígidos por el frío.

—¡Lina! Estamos aquí. ¿Puedes oírnos? Repito: ¿puedes oírnos?

—Con dificultad —respondió—. La señal se corta. —Las palabras de Lina se confundían entre el ruido estático.

—¿Cómo dices? Lina, ¿estás ahí?

—He dicho que aguantéis. Yo…

Y de repente la línea se cortó.

—¡Lina! Lina, ven —suplicó Milo, temblando con la ropa mojada—. ¡Por favor!

—¡Milo!

Lina sacudió el comunicador, como si eso fuese de ayuda. La voz distorsionada de su hermano se había cortado y la señal se había perdido.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y se congelaron inmediatamente debido al viento. Una tormenta se alzaba de nuevo. Lina se quedó mirando el agujero que se abría ante ella.

El *Ave Susurro* había desaparecido como si nada.

No había manera de saber la profundidad de aquel mar bajo el hielo. Y aunque lo supiera, ¿de qué le serviría? Sólo era una niña, sola en una luna helada con la única compañía de unas agarraderas para el hielo y una chaqueta térmica. No tenía ninguna esperanza.

—Cállate —se dijo a sí misma—. Milo está vivo. Lo has oído. Y Cráter está con él. Encontrarán alguna solución. Arreglarán el *Ave Susurro* y volarán de nuevo a la superficie. Tienen que hacerlo.

Algo resonó en el aire. Motores. Lina se volvió y vio un punto en el horizonte. Sacó un par de macrobinoculares de su cinturón de herramientas y se los colocó ante los ojos.

Un gemido de terror se le escapó de los labios.

La nave imperial se dirigía hacia ella como una reluciente ave de presa.

Dejó caer sus brazos, con los macrobinoculares temblando en sus manos. No los volvería a necesitar. La nave se hacía más grande por segundos. Habían derribado al *Ave Susurro* y ahora volvían para acabar el trabajo. Se sentía atascada en el lugar, incapaz de moverse, incapaz de apartar la mirada.

¡No! Eso era lo que querían. Así era como el Imperio ganaba. Asustando a la gente. Haciéndolos sentir impotentes. Milo no se rendiría, y ella tampoco lo haría.

Miró a su alrededor, con los ojos fijos en la isla más cercana. Quizá habría algún sitio en el que esconderse. Echó un vistazo con los macrobinoculares. Sí. Las islas estaban llenas de cuevas. No tenía forma de saber lo que había dentro, pero tenía que arriesgarse. Era mejor encontrar un lugar donde esconderse que permanecer allí a campo abierto como un pelikki sentado.

Y comenzó a correr.

La isla estaba más cerca de lo que pensaba, pero correr con aquel aire frío era casi imposible. Los músculos de Lina se estremecían y sentía que sus pulmones explotarían en cualquier momento. Lo único que la animaba a seguir era el rugido de los motores imperiales que se aproximaban.

Al llegar a las rocas, escaló hasta una cueva, clavando sus botas contra el suelo congelado. Cayó una vez, rasgándose las rodillas a través de los gruesos pantalones, pero no había tiempo para comprobar las lesiones. La nave Imperial ya había aterrizado a una distancia segura del agujero en el hielo. ¿La habrían visto?

Se agachó tras una gran roca y apuntó los macrobinoculares hacia la nave. Su casco brillaba bajo la fría luz del sol, expulsando vapor sin parar por las rendijas de respiración.

Mientras Lina observaba, una rampa descendió y una figura alta bajó hacia el hielo.

Lina se quedó sin respiración.

No podía ser… ¿no?

El hombre había cambiado mucho desde la última vez que lo vio en Thune. El impecable uniforme imperial había sido sustituido por una pesada armadura cubierta de varias capas de piel. Su pelo rubio, que se removía a causa del viento ártico, ya no estaba bien escondido bajo una gorra con visera, y sus mejillas estaban sin afeitar, cubiertas por una barba de muchos días.

Pero incluso en esas pésimas condiciones, era inconfundible.

Esos ojos azules llenos de odio.

Esa mandíbula cibernética.

Era una cara que jamás podría olvidar; un rostro que la atormentaba en sus pesadillas. El capitán Korda del Ejército Imperial. El hombre que había secuestrado a sus padres.

CAPÍTULO 4

LA CACERÍA FINAL

—¿Y bien?

Korda maldijo en voz baja al oír la voz aguda de RX-48, más irritante todavía desde el comunicador. Se sacó el receptor del cinturón y bramó una respuesta.

—Y bien ¿qué?

—¿Encuentras algo?

Una pronunciada vena palpitaba en la frente de Korda. La insubordinación de RX-48 comenzaba a ser muy desesperante. No hacía mucho, habría hecho que lo derritieran junto a la chatarra, pero ahora…

Se acercó al borde del agujero.

—¿Crees que atravesó el hielo? —preguntó RX-48.

—¿Se te ocurre otra cosa?

—¡No tienes por qué ser tan borde! ¡Sólo estaba intentando mantener una conversación!

—¡Pues no lo hagas! ¡Concéntrate en el hielo, en lugar de molestarme!

—No te preocupes. A la mínima que vea una grieta me largo. ¡He hecho más despegues de emergencia que esos rebeldes!

—¿Y qué pasa conmigo?

—Oye, tú puedes nadar, ¿no?

Korda ignoró el penoso intento del droide de hacer un chiste y se acercó al irregular agujero que había en la superficie. Nada de aquello tenía sentido. Los lados de la brecha eran muy gruesos, y podían soportar con facilidad una nave tan pequeña como el *Ave Susurro*. ¿Por qué se rompió el hielo?

Un repentino movimiento en el horizonte le proporcionó la respuesta. Korda levantó la vista cuando una columna de agua caliente salió hacia el cielo con un zumbido.

—Eso es —dijo en voz alta—. Geiseres bsy'o el hielo. Si *el Ave Susurro* aterrizó sobre uno…

—¿De qué hablas?

—¡No estaba hablando contigo! —dijo Korda, apagando la transmisión antes de que el droide pudiera contestar. Se frotó el puente de la nariz con frustración. No le podía estar pasando aquello.

Había vuelto a perder al *Ave Susurro*.

La mente de Korda volvió al día en que había recibido órdenes de Darth Vader por primera vez.

—Consiga esos mapas, comandante. El Espacio Salvaje pertenece al Imperio.

¡Qué fácil le había parecido entonces! Encontrar a los Graf y volver con sus archivos. Lord Vader le recompensaría por el trabajo bien hecho. ¿Quién sabe a qué otras misiones lo habría enviado? ¿Cuánta gloria esperándolo?

Gloria. La palabra tenía un regusto amargo en su lengua.

Korda estaba barajando la posibilidad de dar la vuelta y volver a la nave. Quizá podría descargar su ira contra aquel droide, enseñarle algo de respeto.

Pero de repente algo captó su atención. Se puso de rodillas y pasó sus dedos enguantados por el hielo. ¡Sí, había marcas, pequeños pinchazos dejados por sujeciones para el hielo! Así que por lo menos uno de los niños había escapado del accidente.

Se puso en pie y siguió las marcas. Se dirigían hacia un afloramiento rocoso en la distancia. Korda sonrió. Por el aspecto de las marcas, había salido corriendo.

Pero no lo suficientemente rápido. Sacó el electroscopio de su bolsillo. Lo colocó ante su ojo, intentando percibir algo de movimiento entre las rocas. ¡Ahí! Acercó el foco, justo cuando Lina Graf miraba por encima de su hombro.

—¡Te tengo!

Korda se apresuró a volver al *Mensajero Estelar*. En cuestión de minutos estaba de nuevo en la nave, abriendo el armario de las armas.

—¿Vas a algún lado? —preguntó RX-48.

—La chica está escondida en unas cuevas cercanas.

—¿Sola?

—Sólo hay marcas de un par de botas, pero el droide podría estar con ella.

—Vuela, ¿no?

Korda comprobó su bláster, reprimiendo las ganas de arrancar la cabeza del piloto.

—Planea. Gracias a sus repulsores.

—¡Qué lujo! —se quejó RX-48—. Lo que daría por un repulsor; pero no, estoy anclado al suelo mientras ése va volando por ahí. Algunos droides tienen mucha suerte.

—No te preocupes —dijo Korda, encajando dos palos para montar una lanza—. Su suerte está a punto de acabarse.

Giró el eje de la lanza, que se encendió en la punta.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer mientras estás fuera pasándotelo bien? —preguntó RX-48.

—Coloca una sonda en el agua —respondió Korda apartándose de la cubierta de mando—. Necesitamos encontrar esa nave, sólo por si acaso los mapas siguen a bordo.

—Sí, señor y maestro. ¡Sus deseos son órdenes!

Korda ignoró el sarcasmo del droide. Bajó la rampa hasta el hielo y tomó una bocanada de aire. El aire frío le llenó los pulmones. Utilizando la lanza como bastón, puso rumbo a la isla.

Por fin. ¡La caza final!

A bordo del *Ave Susurro*, Milo y CR-8R trabajaban duro. CR-8R había conseguido bombear la mayor parte del agua de la nave, pero aún no estaban fuera de peligro. El droide había insistido en que Milo se cambiara la ropa mojada y se pusiera mantas y calentadores, pero las cosas habían ido de mal en peor.

Poco después de cerrar la escotilla, el *Ave Susurro* quedó apoyado en lo que Milo supuso que era el fondo del océano. Pero al poco tiempo se dio cuenta de que tenían que caer todavía más. No habían alcanzado el fondo, pero estaban en el borde de un acantilado. No había forma de saber cuánta distancia tenían por debajo. Lo único que sabía Milo era que el más mínimo movimiento precipitaría la nave. Si el borde del acantilado se derrumbaba, estarían perdidos.

Lo ideal hubiese sido que Milo y CR-8R estuviesen quietos, pero ésa no era una opción. El sistema de energía principal había caído, el *Ave Susurro* seguía funcionando gracias a las baterías de emergencia y los soportes vitales estaban bajo mínimos, el aire se estaba acabando y les costaba ver. Todas las luces de la nave se habían fundido, pero Milo había encontrado la caja de linternas del Día del Fundador. Los recuerdos de la celebración volvieron a su mente, pero no era el momento de rememorar. Milo colgó las luces de cada gancho y puerta, donde se balanceaban con el movimiento de la nave.

Ahora Milo tenía otro trabajo. Corría de un lado para otro de la nave tapando las brechas con una lata de espuma de endurecimiento rápido. Deseaba que hubiera algo más que pudiera hacer. Si Lina estuviera allí encerrada con CR-8R estaría con los cables hasta el cuello, intentando arreglar los sistemas dañados del *Ave*. Siempre había tenido buena mano con la tecnología, mientras que Milo era más feliz en la naturaleza. Tenía conocimientos enciclopédicos sobre plantas y formas de vida de una docena de planetas, pero aquello no le serviría de nada en aquel momento.

Lo único que podía hacer era tapar agujeros, con Morq colgado de su cuello. El pequeño mono-lagarto estaba aterrorizado y Milo no podía culparle.

De repente, se oyó un ruido eléctrico proveniente de la cabina.

—¿Cráter?

Milo atravesó la nave, intentando ignorar cómo la cubierta se movía bajo sus pies.

—Cráter, ¿estás bien?

CR-8R estaba tumbado de espaldas sobre el suelo de la cabina, con los brazos retorciéndose en el aire como las patas de un cangrejo robótico.

Milo se inclinó para ayudar al droide.

—¿Qué ha pasado?

Los repulsores de Cráter volvieron a funcionar en cuanto estuvo en posición vertical.

—He sido un estúpido, eso es lo que ha pasado. ¡Estúpido, estúpido, estúpido!

El droide se dirigió flotando hacia el expuesto panel de control.

—He intentado intercambiar el acoplador de energía.

—¿Y eso es malo? —preguntó Milo observando el trabajo de CR-8R.

—Se hace cuando no se pueden reiniciar los interruptores de seguridad. Nada de lo que hay en esta nave funciona.

—¡Sí! —argumentó el chico, intentando ver el lado positivo—. Tenemos los soportes vitales…

—¡Apenas!

—Y dijiste que los escudos aguantaban.

Como si quisiera demostrar que Milo estaba equivocado, el casco del *Ave Susurro* se estremeció a su alrededor.

CR-8R cayó de nuevo al suelo.

—Por ahora. He tenido que dirigir toda la energía a los generadores de blindaje. Si fallan, el *Ave Susurro* no será capaz de resistir la presión del agua. ¡Quedaremos aplastados como una lata!

—Pues qué bien —dijo Milo con la voz temblorosa mientras Morq se encogía cada vez más.

CR-8R lo ignoró y siguió desmontando la consola del ordenador.

—Incluso si consiguiera hacer funcionar el sistema de propulsión, no tendríamos suficiente energía en los motores. ¡Estamos aquí atrapados y no hay nada que pueda hacer al respecto!

Milo nunca había visto a CR-8R tan enfadado. El droide solía estar irritado y a menudo resultaba exasperante, pero esto… esto era algo más.

—Cráter, todo irá bien… —Alargó la mano para tocar el brazo del robot, como si el contacto pudiera ayudar de alguna manera a una máquina. CR-8R apartó su brillante extremidad. Cuando habló, la frustración había desaparecido de su voz artificial, para dejar paso a la tristeza.

—En realidad no, señor Milo. No fui programado para nada de esto. Sus padres me activaron para ayudar en las investigaciones, no para mantenerle a usted y su hermana a salvo. Pregúnteme lo que quiera sobre los miles de planetas que hemos examinado durante años y le daré la respuesta inmediatamente. Pídame que cuide de los niños, y no sabré hacer nada.

Esta vez, CR-8R dejó que Milo acariciara su mano metálica.

—Eso no es cierto. Lo estás haciendo genial. Mamá y papá estarían orgullosos.

Algo golpeó el techo sobre ellos.

Algo desde fuera de la nave.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Milo.

Se produjo otro golpe, más fuerte esta vez.

—Hay algo fuera —susurró Milo, con Morq temblando y con la cara contra su cuello—. ¿Cuánto has dicho que durarían los escudos?

—No lo he dicho —admitió CR-8R—. ¿Sesenta minutos? ¿Quizá más?

Milo se asomó por una ventana. El agua, al otro lado, era oscura. No se percibía ningún movimiento.

—Creo que deberías volver a revisar el sistema de propulsión —sugirió Milo—. Voy a intentar contactar con Lina. A lo mejor puedo aumentar la señal.

—Buena idea —coincidió CR-8R mientras salía flotando de la cabina—. Intenta no pensar en monstruos marinos, o lo que sea que haya sido eso.

—Gracias —dijo Milo activando el comunicador—. ¡No lo haré!

CAPÍTULO 5

EL MURO

La linterna de Lina se iluminó en su mano. El interior de la cueva era completamente negro. Por supuesto que lo era. Se molestó por haberse sorprendido. ¿Qué esperaba? También hacía frío, mucho frío, incluso con la chaqueta puesta.

Así que estaba congelada, a duras penas podía ver hacia dónde se dirigía y no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

«Eso es, Lina. Muy bien».

Pero ¿qué elección tenía? Korda estaba en camino. El hombre que le había arrebatado todo lo que tenía. Primero a su madre y a su padre, después a Dil Pexton. Ahora, incluso el *Ave Susurro* y Milo habían desaparecido.

Se detuvo. No, Milo no había desaparecido. Sólo estaba atrapado. Volverían a encontrarse; estaba segura de eso.

No iba a dejar que Korda ganara. Esta vez no.

La cueva se estrechó hasta convertirse en un ajustado pasillo por el que apenas cabían sus hombros. Consideró la posibilidad de volver, pero se obligó a seguir adelante. Si era demasiado estrecho para una niña de diez años, sería imposible para un hombre del tamaño de Korda.

Al menos, eso era lo que esperaba.

Tal vez se quedaría atascado. Tan sólo de pensarlo sonrió. Lo imaginó escudriñando las rocas, con aquella mandíbula robótica gruñendo de frustración. ¡Ja! Lo tendría bien merecido.

Además, ya había explorado cuevas heladas antes. Su padre la había llevado a explorar cuevas en Orto Plutonia cuando tenía ocho años. Su madre se había quedado en el *Ave Susurro* con Milo mientras él le enseñaba cómo trepar por las brechas más angostas y escalar paredes escarpadas. Sus padres eran los mejores. ¿A cuántos niños de ocho años les habían enseñado a usar piolet?

Le llegó un ruido desde su espalda. Lina se quedó helada y escuchó atentamente. Había algo más en la cueva. ¿Un animal? ¿Un keejin? ¿O quizá un shyrack? Se volvió. La luz rebotaba por las paredes de la cueva. No era ningún animal, a menos que éste tuviera una linterna. Tenía que ser Korda. Podía oír sus pasos acercándose. Eran lentos, precavidos, Korda estaba tratando de permanecer en silencio, caminando a hurtadillas para atraparla.

No iba a dejar que eso sucediera.

Lina continuó hacia delante, intentando no entrar en pánico. Las paredes se estrechaban y el suelo era más inestable a cada paso. Algo la agarró del brazo y ella se volvió de golpe, esperando ver la cara de Korda saliendo de la oscuridad.

Dejó ir un profundo suspiro. Se había enganchado la manga en una roca, eso era todo.

Se liberó, rasgándose con el material metálico.

—¡Puedo oírte!

¡Se le estaba echando encima! Korda sonaba muy cerca, como si pudiera estirarse y agarrarla.

—No puedes esconderte de mí, Lina. Esta vez no.

Ella no quería esconderse. Quería huir. Continuó, sin preocuparse por si la oía. No le volvería a importar. Su respiración se estaba convirtiendo en un jadeo mientras la mano que tenía libre rasgaba las piedras para impulsarse. ¿Cuándo acabaría este túnel? Al menos ahora las paredes se estaban ensanchando, abriéndose.

Aceleró rebotando por las paredes. Con nerviosismo, miró hacia atrás y sólo se detuvo cuando su pie pisó en el aire. Alargó un brazo para agarrarse a la pared. Fue suficiente para no caer en el enorme abismo que se abría en el suelo del túnel. Se tambaleó en el filo, empujando varias rocas hacia la oscuridad. La distancia era de un metro o dos de diámetro, pero podrían haber sido cientos de kilómetros por el miedo que sentía en el corazón.

¿Podría rodearlo? Lina apuntó su linterna hacia las paredes, pero sólo había rocas lisas; no podría agarrarse de ningún lado. Nunca había hecho algo así. Volver atrás tampoco era una opción, a menos que quisiera ser capturada por Korda.

Tendría que saltar.

Estuvo a punto de reírse ante lo loca que sonaba aquella idea. Saltar la brecha. ¿Qué pasaría si fuese más amplia de lo que parecía? ¿Qué pasaría si no lo lograba?

Sólo había una respuesta para eso. Caería. Rápido.

—Lina…

La voz burlona de Korda era el estímulo que necesitaba.

La chica retrocedió a la vez que intentaba mantener la respiración bajo control. Tenía que concentrarse en el otro lado de la grieta; imaginarse a sí misma allí, aterrizando con seguridad. Había saltado arroyos más grandes. No había nada que temer…

… aparte de caer en un pozo sin fondo, por supuesto.

No podía pensar así. Se puso tensa, preparándose para correr.

Uno. Dos. Tres.

¡Vamos!

Lina se lanzó hacia delante y saltó al vacío. No habría sabido decir si gritó mientras saltaba o si lo hizo para sí misma. El tiempo pareció ralentizarse mientras volaba por el aire, con los ojos fijos al frente.

No iba a conseguirlo. ¿Qué se había creído? Estaba demasiado lejos. Se estiró hacia delante. Su pie impactó contra algo duro. Cayó, pensando que se iba a sumergir en el abismo, pero en lugar de eso su hombro hizo contacto con la roca. Fue un contacto

doloroso, pero le dio igual. Rodó por el suelo para alejarse del acantilado. ¡Lo había conseguido! ¡Había llegado!

La linterna seguía bien sujeta a su mano. Alzó la luz para ver lo lejos que había llegado. La cara del capitán Korda la miró airada a través del abismo. ¡Estaba en el otro lado!

Luchando contra el impulso de lanzarle la linterna, se puso en pie y corrió en dirección contraria. La cueva se hacía más empinada progresivamente, pero las estalactitas se extendían hacia abajo como dedos rugosos. No le importaba. Quizá encontraría una cámara más adelante, algún lugar en el que esconderse. Continuó subiendo arriba y arriba hasta…

La chica se detuvo, con el corazón en un puño.

No. Esto no podía estar pasando.

No había ninguna cámara al final del camino, sólo un sólido muro de hielo.

No había ningún lugar al que ir, ni a la derecha ni a la izquierda. Y definitivamente ¡no podía volver atrás!

Trató de calmar su respiración, mirando al frente. ¿Qué haría Milo? ¿Qué plan loco propondría?

Iluminó la pared. Le pareció distinguir una cornisa que se extendía hasta la cima.

De repente, supo exactamente lo que haría Milo. ¡Escalaría!

«¡El único camino es hacia arriba, hermanita!».

Agarrando la linterna entre los dientes, Lina rebuscó en su cinturón de herramientas. Tenía que haber alguna cosa que pudiera usar.

Sus dedos rozaron el metal. Lo sacó. Un pequeño mango de un destornillador de puntas intercambiables, sólo uno de un conjunto de tres. Había perdido el más grande cuando el agua golpeó el *Ave Susurro*, pero éste parecía bastante robusto. El destornillador tenía una bisagra en el vástago para que la punta pudiera inclinarse. Lina dobló la bisagra en ángulo recto y la apretó todo lo que pudo. Al menos así tenía la forma de un piolet. Podría agarrarse del mango e introducir la punta en el hielo para escalar.

Buscó el tercer mango en el cinturón. Era más pequeño que el primero y la bisagra no parecía ni la mitad de fuerte cuando la montó.

¿Podrían mantener su peso?

Sólo había una forma de averiguarlo.

Con un gruñido, clavó la primera punta en el muro. La broca se introdujo en el hielo y se mantuvo firme. De momento, muy bien. Usando la punta de sus botas para alzarse, se balanceó con el brazo izquierdo. De nuevo, la broca aguantó. Escaló poco a poco, recordando todo lo que su padre le había enseñado años atrás.

«Eso es, Lina. ¡Puedes hacerlo!».

—Puedo hacerlo —se repitió, con la linterna todavía sujeta entre los dientes—. Puedo hacerlo.

La pared no era tan vertical como había pensado al principio. Se inclinaba ligeramente, lo que era de ayuda, pero los brazos le dolían y las piernas le temblaban a causa de la fatiga. Pronto, incluso el más ligero movimiento sería complicado.

«Continúa, Lina —decía la voz de su padre—. Hazlo por mí. ¡Hazlo por Milo!».

Su pie derecho resbaló y ella soltó un grito, dejando caer la linterna de su boca. Se quedó colgando hasta que oyó el golpe en el suelo. ¿Desde qué altura había caído? Debía de haber subido más alto de lo que pensaba.

Sería fácil mirar hacia abajo. Demasiado fácil. Pero no podía arriesgarse a un posible mareo. Tenía que mirar siempre hacia arriba. Tenía que seguir.

Las botas golpearon el muro como si fueran proyectiles de un bláster.

Pum.

Pum.

Pum.

El dolor en sus brazos era insoportable; sus hombros estaban completamente tensos y le daban calambres en los músculos.

Pum.

Pum.

Pum.

Pensó en Milo, en cómo se reiría de ella si cayera. «Vamos, Lina. ¡Date prisa! Nunca llegarás».

«¿Ah, sí? ¡Ahora veremos!».

Pum.

Pum.

El sonido de unas botas crujiendo proveniente de más abajo estuvo apunto de hacerla detenerse. Se imaginó a Korda llegando al final del camino y encontrando su linterna al pie del muro. ¿Qué haría ahora? ¿Mirar arriba hacia ella? ¿La vería colgada del hielo como una araña? ¿Estaría alzando su bláster para apuntarle?

«Continúa, Lina. ¡Continúa!».

Preparó su brazo derecho, pero estaba demasiado cansada. La broca rebotó en el hielo, y el mango se deslizó por sus doloridos dedos. La herramienta se le cayó y, por primera vez desde que había empezado el ascenso, Lina miró hacia abajo.

Ahí estaba Korda, con los ojos fijos en ella. Lina entró en pánico. Sus pies comenzaron a arañar el hielo cuando se resbaló y perdió el agarre del destornillador restante.

La joven se deslizó gritando por la ladera. Sus manos enguantadas buscaban desesperadamente alguna sujeción, cualquier cosa que detuviera su caída.

Y de repente fue atrapada por un par de fuertes brazos. Miró hacia arriba y se encontró su propio reflejo, devolviéndole una aterrorizada mirada desde la mandíbula metálica de Korda.

—¡Te tengo! —dijo éste triunfante.

—¡Déjame! —gritó Lina mientras pateaba con fuerza—. ¡Suéltame!

Korda se tambaleó hacia atrás y la soltó. Lina se estrelló contra el suelo. Unos dedos se cerraron sobre la parte trasera de su chaqueta, justo cuando su propia mano encontró algo en el suelo. ¡Uno de los destornilladores!

Se dio la vuelta y sacudió el aire con la herramienta. Korda retrocedió, esquivando fácilmente el ataque. Buscó algo en su espalda. Lina no tenía ni idea de qué era hasta que la punta de una lanza apareció frente a su cara.

Soltó el destornillador y se quedó completamente quieta.

—Chica lista —dijo Korda—. Esta lanza contiene suficiente energía como para aturdir a un dewback, imagina lo que haría con una enana como tú.

Lina miró hacia atrás.

—¿Qué quieres?

Korda rio como si aquélla fuese la pregunta más tonta que había oído jamás.

—Tu droide, por supuesto. O mejor dicho, todos esos mapas que hay en su cabeza. ¿Dónde está?

—En el fondo del océano —dijo Lina—. Ha desaparecido, junto a los mapas. ¿Lo entiendes? El *Ave Susurro*. Milo. Cráter. ¡Están bajo el hielo y no hay forma de traerlos de vuelta!

Algo vibró en su cinturón. Los ojos de Korda buscaron el sonido y se abrieron de par en par cuando una voz surgió del comunicador.

—¿Hermanita? ¿Puedes oírme? Soy Milo. Necesitamos tu ayuda.

Una terrible sonrisa surgió en la cara de Korda.

—¿Lo has oído? Parece que tu hermano necesita ayuda.

CAPÍTULO 6

EXTRAÑOS EN LAS PROFUNDIDADES

—Lina, por favor. ¿Me oyes?

Milo se dejó caer en su asiento y se tapó la cara con las manos. Estaba intentando con todas sus fuerzas no llorar. Morq estaba acurrucado y gemía a sus pies. Milo se agachó y acarició el vello rojo del mono-lagarto.

—Tranquilo, chico. La encontraremos. A lo mejor la señal no es suficientemente fuerte.

—O la señorita Lina se encuentra fuera del rango de la señal —sugirió CR-8R, que entraba volando a la cabina.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Milo.

—¿Con los sistemas de propulsión? En mi opinión, el *Ave Susurro* no volverá a volar. Creo que nos quedan treinta minutos antes de que perdamos los escudos.

—¿Podemos nadar hasta la superficie?

—Se congelaría. Me temo que me estoy quedando sin…

La nave se tambaleó y Milo cayó de su silla. Morq chilló alarmado, pero CR-8R se adelantó a extender un brazo manipulador para coger a su joven amo.

—Gracias. ¿Eso ha sido el acantilado?

Fuera, algo arañó el casco de la nave. Algo muy muy largo.

—No lo creo —respondió el droide.

El *Ave Susurro* volvió a sacudirse y un fuerte ruido lo llenó todo.

—Algo ha envuelto la nave —dijo Milo—. ¿Podemos hacer que funcionen los sensores externos?

—¡Casi me da miedo mirar! —admitió CR-8R mientras llegaba a los controles. La nave entera estaba crujiendo a su alrededor.

—Es como si nos estuvieran aplastando —dijo Milo, apartándose justo cuando una nueva fuga se abrió en el techo.

—Bueno, menuda sorpresa —añadió CR-8R con un suspiro eléctrico—. No funciona ninguno de los sensores. ¡Estamos tan ciegos como un murciélago ithoriano! —El ruido de unos arañazos se unió a los crujidos y los gemidos—. ¿Y ahora qué?

—Son como garras —dijo Milo—. ¿Qué hay ahí fuera?

CR-8R no respondió.

—¿Cráter?

El droide estaba mirando por encima de su hombro.

—No entre en pánico, señor Milo.

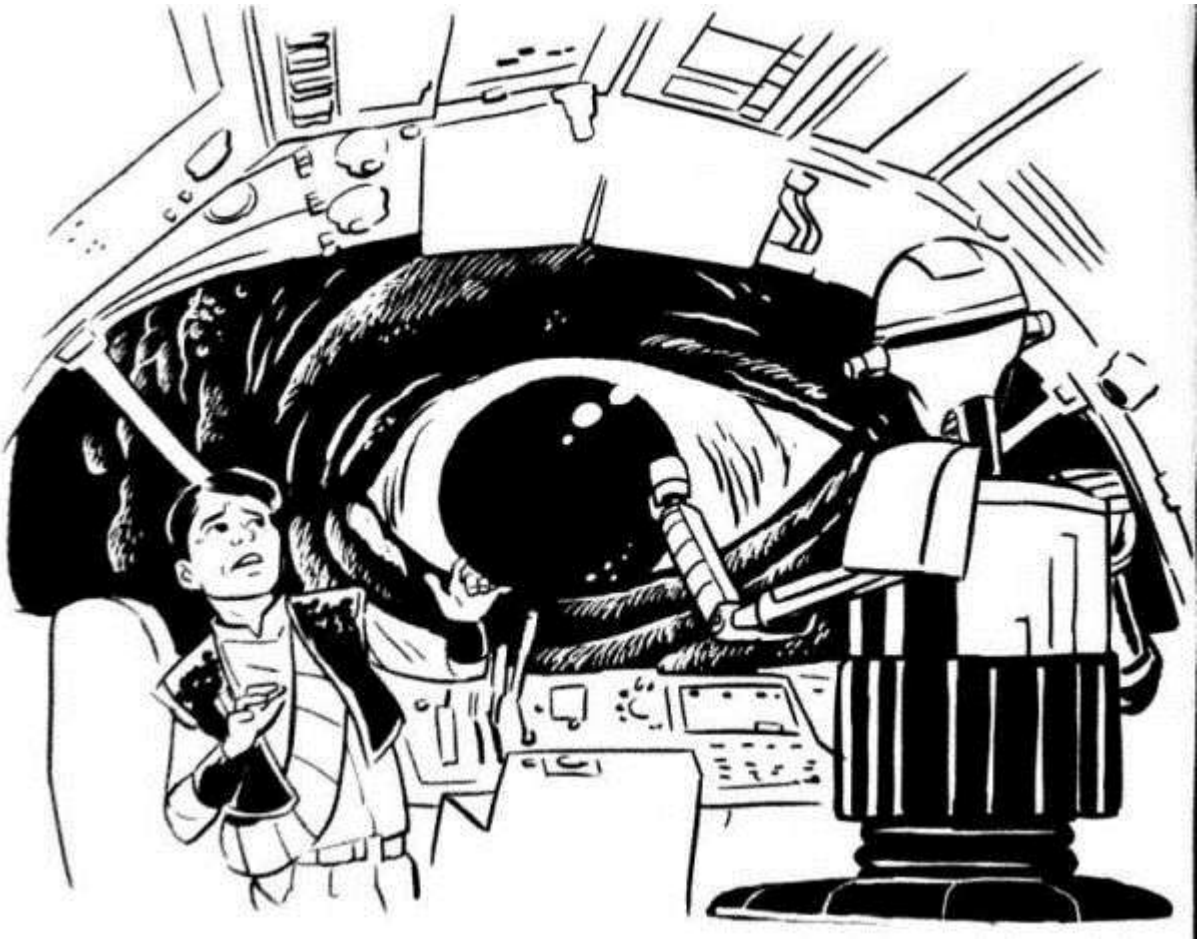
—¿Qué es, Cráter?

La voz del droide se convirtió en un susurro.

—No mire, pero creo que estamos siendo observados.

Apuntó con un dedo tembloroso. Milo se volvió y se quedó sin aire.

Un enorme ojo abierto los miraba a través del ventanal de la cabina.



—No me paga lo suficiente para hacer esto —se quejó RX-48 mientras lanzaba una sonda de vigilancia. Con las luces parpadeando, el dron esférico bajó planeando por la rampa de la nave y se dirigió hacia el agujero formado en el hielo. RX-48 observaba su progreso, comprobando los datos que le envió la sonda al entrar en el agua—. Debería estar pilotando los tranquilos cruceros de la Oficina Galáctica de Turismo, no congelándome las antenas en medio de la nada. Total, estrellas un bus turístico contra una estación espacial y…

Un zumbido proveniente del comunicador detuvo las quejas del droide. Oh, bien, Korda quería hablar. Eso era justo lo que necesitaba.

Pulsó el interruptor.

—Sí, sí, he lanzado la sonda —dijo antes de que el capitán pudiera empezar a gritar—. Ya está de camino a la tumba acuática del *Ave Susurro*.

—Necesitamos la localización exacta de la nave —dijo Korda—. El chico y el droide todavía están a bordo.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer cuando la encontremos?

—¡Rescatarlos, por supuesto!

—¿Rescatarlos? ¡Nosotros los derribamos!

—Tú los derribaste —le recordó Korda—. ¡Ésta es tu última oportunidad, droide!

La línea se cortó, dejando a RX-48 mirando el altavoz.

—Realmente es la persona más grosera que he conocido, ¡y he trabajado para Jabba el Hutt! —Pulsó un botón, activando de nuevo los reflectores de la sonda—. Debería contactar con Jabba cuando todo esto termine —añadió con nostalgia—. Tal vez esa babosa necesite un piloto para su nave de vela…

Morq dejó ir un chillido y saltó del cuello de Milo para salir de la cabina.

—¡Morq, no pasa nada! —gritó Milo.

—¿No pasa nada? —repitió CR-8R—. ¿Cómo puede decir que no pasa nada? ¡Mire esa cosa!

El ojo gigante continuaba observándolos de cerca.

La bestia aumentó la presión sobre el casco y la nave crujió de nuevo.

Milo dio un paso adelante.

—¿Qué está haciendo? —dijo CR-8R.

—Quiero echar un vistazo de cerca —respondió Milo acercándose ala ventana.

—¿No es suficientemente grande?

Milo estiró el brazo para tocar el ventanal. La criatura apartó la cabeza, provocando un repentino movimiento de la nave.

No tenía uno, sino cuatro ojos, cada uno de un tamaño diferente, y una enorme boca. Su piel era de un color blanco lechoso y parecía increíblemente suave, como si estuviera tallado en mármol pulido.

Aparecieron largos dedos con puntas afiladas. Se colocaron alrededor de la ventana, cosa que irritó a Milo.

—¡Está intentando cogernos! —dijo CR-8R.

—No lo creo —respondió Milo—. Sólo tiene curiosidad. No sabe lo que somos.

La criatura volvió a sacudirse. Milo se tropezó con el movimiento de la nave y estiró un brazo para estabilizarse. Cuando alzó la vista de nuevo, la criatura buscaba algo con la mirada. Rayos de luz recorrían la oscuridad, provenientes de la superficie.

—Es una sonda —dijo CR-8R, estirando su cuello telescópico—. ¡Alguien nos está buscando! ¡Gracias al Creador!

Pero Milo había visto algo más en el agua, iluminado por los focos de la sonda.

—Cráter, hay otra criatura ahí fuera. ¡Fíjate! ¡Es preciosa!

—¿Preciosa? ¿Está seguro? —El droide siguió la mirada de Milo y se quedó en silencio.

La segunda criatura era enorme, mucho más grande que el *Ave Susurro*. Tenía la misma cabeza protuberante y los largos brazos con garras afiladas, pero esta vez también pudieron ver una larga cola que serpenteaba en el agua.

—Eso era lo que estaba alrededor de la nave —dijo Milo—. Nos había rodeado con su cola.

—¿Y si electrificamos el casco? —sugirió CR-8R—. ¡Podríamos asustar a esa cosa!

Pero Milo no le escuchaba. Estaba observando a la extraña criatura a lo lejos. Su cuerpo era brillante y los colores se extendían a lo largo de su cola.

De repente, la criatura que tenía agarrado *al Ave Susurro* lo soltó. La nave se inclinó hacia delante y, por un momento, Milo estuvo convencido de que iban a caer por el acantilado.

Después retrocedieron y la nave recuperó su posición.

La criatura nadó de vuelta hacia su compañera, con la cola anaranjada parpadeando. Los dos monstruos nadaron uno alrededor del otro y luego se alejaron.

—La sonda los ha asustado —dijo CR-8R aliviado—. ¡Buen viaje!

—No, ¿no lo ves, Cráter?

—¿El qué?

Milo señaló a las criaturas marinas.

—Los colores de sus colas. No son aleatorios. Siguen un patrón.

—Muy interesante, pero…

Para ser una máquina con el coeficiente intelectual del tamaño de la galaxia conocida, a veces CR-8R podía llegar a ser muy tonto.

—¡Están hablando entre ellas! —dijo Milo, volviéndose hacia el droide—. Cráter, ¿recuerdas aquellas cosas con tentáculos que papá estudió en Mannius Ocho?

—Por supuesto que me acuerdo —dijo CR-8R—. ¡No les pasa nada a mis bancos de memoria!

—¿Y cómo se comunicaban?

—¡Cambiando los patrones de su piel! Claro. Su padre realizó un fascinante estudio sobre el lenguaje y el vocabulario…

—Sí, sí, sí. —Lo último que quería Milo era una conferencia—. ¿No lo ves? Eso es lo que están haciendo. Se están comunicando usando las luces de sus colas.

CR-8R lo miró con incredulidad.

—¿No estará pensando lo que creo que está pensando?

—A lo mejor también podemos hablar con ellos, usar las luces para enviarles un mensaje de auxilio o algo así. ¡Podrían ayudarnos!

CR-8R se volvió para ver cómo las criaturas se dirigían hacia la sonda. El dron daba vueltas sobre sí mismo, como si intentara deslumbrar a los monstruos con sus luces. La criatura que estaba más cerca abrió sus enormes fauces, mostrando varias hileras de dientes gigantes. Un segundo después ¡la sonda había desaparecido en el interior de la bestia!

—¿Todavía cree que nos ayudarán? —preguntó CR-8R.

RX-48 golpeó con una de sus pinzas la pantalla del monitor. La sonda había dejado de transmitir justo cuando la cosa comenzaba a ponerse interesante.

—Precisamente cuando pensaba que el día de hoy no podía ir a peor —murmuró el droide—. Al viejo mandíbula cromada no le va a gustar esto, ni un poquito.

El piloto comenzó a teclear y a pulsar botones para intentar restablecer la conexión con el dron.

—En el nombre del Creador, ¿qué eran todos esos colores? *Y* estoy seguro de haber visto esa patética nave de los Graf.

Seguía sin obtener respuesta.

—Vamos, vamos. ¿Qué te ha pasado?

El suelo crujió tras él. RX-48 suspiró y se dio la vuelta poco a poco.

—Mira, antes de que empieces a gritar. No ha sido mi culpa. La señal de la sonda se ha cortado y…

El droide dejó de hablar cuando vio una hilera de blásters apuntándolo directamente.

Se dio la vuelta rápidamente para alcanzar la pistola que había escondido bajo los controles por si Korda se ponía desagradable.

Bueno…, más desagradable.

No le dio tiempo a usarla. El proyectil impactó sobre el cuerpo de RX-48, desintegrándolo al momento.

La cabeza de metal del droide rebotó una vez antes de rodar por el suelo de la cubierta de vuelo hasta ser detenida por un bota blanca.

—Ya decía yo que no era mi día de suerte —susurró RX-48 antes de apagarse para siempre.

CAPÍTULO 7

LUCHA EN LA NIEVE

—¡Regresemos! —ordenó Korda, arrastrando a Lina por la puerta de la cueva.

—¿Eso eran blásters? —preguntó Lina mientras la sujetaba contra la pared.

—Sí —siseó él, asomándose por el borde de las rocas—. Soldados de las nieves. Me han encontrado.

—¿Te han encontrado? ¿No están contigo? Lina volvió a mirar al hombre. De repente todo tenía sentido. Su desaliñada apariencia. La maltratada armadura bajo su abrigo.

—Ya no trabajas para el Imperio, ¿no? ¡Te han despedido!

Korda se volvió hacia ella y le agarró la muñeca, acercándola hacia él.

—Sí, me han despedido. Por tu culpa y la de tu hermano.

—¡Porque no pudiste cogernos!

Lina sintió un orgullo creciente. Le habían hecho eso.

Korda le soltó el brazo.

—El Alto Mando Imperial descubrió que había contratado un cazarrecompensas para encontraros. Fui juzgado, despojado de mi rango y condenado a vivir como minero en Kessel.

—Pero te escapaste…

El labio superior de Korda se curvó en una especie de sonrisa burlona.

—Robé el *Mensajero Estelar*. Una buena nave. Un prototipo que el Imperio, obviamente, quiere de vuelta.

—Pero si no estás con el Imperio…

—¿Por qué os persigo? —dijo Korda, acabando su frase.

Lina asintió.

Korda suspiró.

—Considéralo una cuestión de orgullo. Prometí recuperar los mapas de tus padres. No iba a dejar que una nimiedad como haber sido deshonrado públicamente me detuviera.

—Además, después podrías vender los mapas al mejor postor.

Korda miró a Lina con algo parecido al respeto.

—Eres más lista de lo que pareces.

—Gracias…, creo.

Hubo un ruido en el exterior, botas aproximándose a la cueva.

—¿Cuántos son? —preguntó Lina.

—¿Soldados de las nieves? Sólo una pequeña partida, puede que dos o tres.

—Entonces tenemos que salir de aquí.

En ese momento regresó la horrible sonrisa de Korda.

—Estoy harto de correr. ¡Es el momento de luchar!

Bajo el agua, Milo observaba cómo las dos criaturas nadaban de un lado a otro frente al *Ave Susurro*.

—¡Van a atacar! —dijo CR-8R.

—Entonces tenemos que detenerlos.

—¿Cómo?

Milo echó un vistazo a las linternas que había repartidas por toda la cabina.

—Cráter, esas cosas pueden cambiar de color, ¿no?

El droide parecía confundido.

—Sí. Su madre diseñó los focos para que parpadearan con la música… —Dejó de hablar cuando se dio cuenta de lo que Milo estaba planeando—. No funcionará.

Pero Milo no pensaba desanimarse.

—¿Puedes conectarlos al sistema de comunicación?

Sin decir nada, CR-8R se puso a ajustar una red inalámbrica entre las linternas. Milo le apremió, consciente de que las horribles criaturas marinas se acercaban un poco más a cada segundo.

—¿Listo?

—Como siempre —respondió el droide.

—Prueba una secuencia simple para empezar.

—¿Como qué?

—No lo sé, tres destellos azules y después uno rojo.

CR-8R pulsó una secuencia de botones en la consola de comunicaciones y las linternas se iluminaron exactamente como Milo le había ordenado.

Azul.

Azul.

Azul.

Rojo.

La respuesta fue instantánea. Los dos monstruos se agitaron en el agua, casi dando vueltas.

—Definitivamente eso ha atraído su atención —dijo CR-8R.

—Prueba de nuevo —dijo Milo—. Tres destellos verdes.

CR-8R obedeció sin protestar.

Verde.

Verde.

Verde.

Esta vez, ambas criaturas se propulsaron hacia delante, dirigiéndose directamente hacia el *Ave Susurro*. Milo saltó hacia atrás, pensando que iban a chocar contra la nave. Entonces, justo en el último momento, se separaron. Esquivaron la cabina, uno por la izquierda y otro por la derecha.

Cuando volvieron a aparecer un momento después, ambas colas tenían un vivo color lila.

—Parecen enfadados —dijo CR-8R—. ¡Espero que no hayamos insultado a sus madres!

Milo se pasó los dedos por el pelo.

—Ese es el problema. No tenemos ni idea de lo que estamos diciendo. ¡Probablemente sólo estamos diciendo tonterías!

CR-8R golpeó una de sus palmas metálicas contra su frente.

—¡Claro! ¡Seré tonto!…

—¿Qué pasa?

—Nosotros no conocemos su idioma, pero el ordenador podría conocerlo. Su padre utilizaba programas de traducción para entender a los pulpos de Mannius. Si ejecuto el mismo programa…

—¡Podremos entender lo que están diciendo! ¡Sí!

CR-8R comenzó a toquetear el ordenador.

—Por lo menos cabe la posibilidad. Tenemos que conseguir qué sigan hablando.

Milo miró por la ventana. Las criaturas los miraban llenas de odio, con las colas ahora de un brillante escarlata.

—Cráter, honestamente, ¡no creo que eso sea un problema!

Lina aguantó la respiración, procurando no hacer ruido. Los soldados de las nieves estaban llegando a la boca de la cueva. Korda estaba a la espera, con su lanza de fuerza agarrada con ambas manos. Su cara era como una piedra, pero sus ojos brillaban. ¡Era casi como si estuviera disfrutando!

Echó un vistazo al primer soldado de las nieves. Su rostro estaba protegido por una larga máscara de tela y unas gafas negras que le tapaban los ojos. La armadura blanca era un camuflaje perfecto para las condiciones árticas. Una capa aislante colgaba de un cinturón de herramientas ajustado en su cintura.

El soldado se detuvo por un momento, asomándose a la cueva. Lina se ocultó todavía más en las sombras mientras él continuaba, listo para la acción.

Korda saltó sin previo aviso, golpeando al hombre acorazado con su lanza de fuerza. El soldado levantó un brazo para desviar la brillante punta del arma. Korda respondió dándose la vuelta, y la otra punta de su arma impactó contra el pecho del soldado de las nieves. La fuerza del golpe lo hizo caer de espaldas. Korda atacó de nuevo cuando el soldado sacó su bláster. Un rayo de energía salió del cañón del rifle y pasó muy cerca de Korda. Impacto contra el techo de la cueva. Algunas estalactitas cayeron sobre Korda, pero eso no pareció importarle. La lanza giró en sus manos y se precipitó con fuerza. La pistola del soldado de las nieves cayó de sus manos y el hombre permaneció inmóvil.

No había tiempo para celebraciones. Un segundo soldado se acercaba a la cueva con el bláster alzado. Antes de que pudiera disparar, Korda tiró la lanza como si fuera una jabalina. Ésta impactó contra el pecho del soldado y desprendió un brillante destello de luz. El soldado se desplomó, mientras le salía un hilo de humo de la placa que le protegía el pecho. Lina gritó como advertencia: una tercera figura acorazada estaba agazapada tras una roca. Los disparos de su bláster surcaron el aire, pero Korda se apartó del camino de los proyectiles justo a tiempo. Apoyándose junto a la entrada, sacó su propio bláster. Los dos hombres intercambiaron disparos, pero al final la suerte de Korda se terminó. Un proyectil impactó en el muro junto a su cabeza. El capitán gritó cuando los fragmentos de rocas que salieron volando lo golpearon. Cayó y no volvió a levantarse.

La mano de Lina se dirigió hacia su cinturón de herramientas mientras el soldado de las nieves entraba en la cueva y pateaba con cuidado en el costado de Korda. El capitán no se movió.

El soldado levantó su bláster, preparado para dispararle.

A pesar de todo lo que Korda le había hecho a su familia, no podía quedarse allí de pie y ver cómo acababan con él. Además, ¡ella seríala siguiente!

Sacando de su cinturón el comunicador con una mano y una herramienta de vibración con la otra, Lina pulsó un botón en el transmisor y lo dirigió hacia el frente. Un ruido ensordecedor llenó la cueva. El soldado de las nieves levantó la cabeza y vio como las estalactitas se precipitaban sobre él debido al fuerte sonido.

Quedó enterrado al instante.

Lina corrió hacia la entrada. El soldado había sido neutralizado, pero Korda, aturdido, estaba intentando desenterrarse.

—Lina, espera. Por favor.

Algo en su voz la hizo detenerse, una vulnerabilidad que no había oído antes. Sabía que tendría que seguir corriendo. Era más de lo que se merecía Korda, pero su conciencia la estaba atormentando.

Si lo dejaba allí herido en la nieve, ¿no sería tan cruel como el propio Korda? Además, ¿podría rescatar a Milo sin su ayuda?

Con la esperanza de no estar cometiendo un gran error, Lina se dio la vuelta y ofreció su mano a Korda.

El hombre le dirigió una mirada perpleja.

—Si yo fuera tú, habría salido corriendo.

—Pero yo no soy tú —dijo Lina, callándose antes de añadir «gracias a Dios». Necesitaba tenerlo de su lado—. El caso es que… nos necesitamos mutuamente.

Korda lanzó un bufido de burla mientras se ponía de pie.

—De acuerdo, te escucho.

—Estás huyendo del Imperio como nosotros, ¿no?

Él asintió, con aquellos ojos fríos fijos en ella.

—Quieres nuestros mapas; yo quiero recuperar a mi hermano. A lo mejor podemos llegar a un acuerdo.

—Te ayudaré si tú me ayudas a mí.

—Parece justo. Té he salvado la vida, después de todo.

—¿Salvado la vida? —preguntó Korda antes de reír. No era un sonido agradable—. Tu idea ha sido muy buena, y ese truco con el comunicador… Eres muy ingeniosa. Ya veo cómo conseguisteis huir de mí durante tanto tiempo.

—De nada —respondió.

—No pongas a prueba tu suerte, chica. Tenemos una tregua, por ahora. Pero si intentas escapar…

Lina levantó las manos, deseando no estar cometiendo el mayor error de su vida.

—No lo haré, lo prometo.

—Entonces mejor que nos pongamos en camino —gruñó Korda mientras salía tambaleándose de la cueva.

—¿Estás bien? —preguntó Lina, pasando con cuidado junto al inconsciente soldado de las nieves para seguir al capitán hacia las rocas heladas.

Korda cogió su lanza.

—He estado en batallas peores.

Lina se lo podía creer. Miró a los soldados.

—¿Habrá más como ellos?

—¿Tú qué crees? —contestó Korda, encendiendo el comunicador para dirigirse a él con brusquedad—. Korda al *Mensajero Estelar*. Adelante.

No hubo respuesta.

—¿RX-48?

—¿Algún problema? —preguntó Lina.

—Quizá. Tenemos que volver el *Mensajero Estelar*. —Se dio la vuelta con actitud burlona—. ¿Vienes, compañera?

CAPÍTULO 8

COMPAÑEROS

Mientras caminaban por el hielo, Lina se había imaginado a un batallón entero de soldados de las nieves esperándolos; sin embargo, el congelado mar estaba completamente desierto, salvo por el *Mensajero Estelar*. No obstante, le era imposible relajarse pensando que en cualquier momento los proyectiles de los blásters les cortarían el paso.

—¿Seguro que esto es una buena idea? —preguntó mirando a su alrededor.

—No —respondió Korda—, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Esperar a que esos tres se levanten?

En la cueva, Korda había ofrecido a Lina uno de los blásters. Ella había negado con la cabeza de inmediato, sin ninguna intención de tocar aquella cosa horrible. Korda se había

encogido de hombros antes de enterrar los rifles en la nieve. Después había buscado entre el equipamiento de los soldados, donde encontró una cuerda de escalada con la que los ató. Lina no tenía ninguna duda de que los impresionantes nudos de Korda sostendrían a los soldados de las nieves cuando se despertaran, pero no había querido quedarse allí para comprobarlo.

El capitán se adelantó. Con él de espaldas, Lina podría huir, pero ¿adónde iría? Ya había visto la facilidad con la que Korda podía arrojar la lanza eléctrica. El arma había derribado aun soldado de las nieves; ¿qué posibilidades tendría ella?

No, de momento tenía que confiar en él. Se preguntaba qué diría Milo. Sonrió al imaginar cómo abriría los ojos sorprendido.

«Hermanita, ¿estás loca?».

Quizá lo estaba, pero ella los había metido en ese lío. Ahora tendría que hacer todo lo que pudiera para solucionarlo.

—¡Silencio! —susurró Korda mientras entraban en la nave imperial robada. El *Mensajero Estelar* estaba siniestramente tranquilo, una calma sólo perturbada por el ruido de los sistemas de energía en ralentí. A pesar de ser más sensata, Lina se mantuvo cerca de Korda. Redujeron el paso al llegar a la cabina de vuelo, ya que percibieron movimiento tras la puerta doble.

Lina se puso de puntillas para mirar por la ventana. Un solitario soldado de las nieves estaba comprobando una pantalla en la consola de vuelo. Llevaba una insignia de comandante en su pecho y se detuvo junto a los restos de lo que una vez había sido un droide piloto RX.

Lina quería preguntar a Korda qué debían hacer, pero el exoficial estaba mirando al soldado como un águila drayberiana. La pregunta pronto se volvió irrelevante, cuando oyeron cargarse un bláster tras ellos. Un segundo soldado estaba de pie en el pasillo, con el arma apuntando a Korda.

—He encontrado al capitán —informó el soldado a su superior mientras empujaba a ambos por la puerta. El comandante miró a Korda de arriba abajo.

—Excapitán —corrigió, con evidente placer. Su casco se volvió hacia Lina—. ¿Y quién es ella?

—Lina Graf, fugitiva y rebelde —contestó Korda con frialdad. Antes de que Lina, sorprendida, pudiera mirar a Korda, la agarró de la chaqueta y se la acercó—. ¡Y mi prisionera!

—Víbora mentirosa —gritó Lina, intentando liberarse—. Se acabó lo de ser socios.

—¿Socios? —preguntó con una cruel sonrisa—. Eres más tonta de lo que pensaba.

—Pero dijiste…

—Dije lo que necesitaba para mantenerte bajo control. Ya tenía suficientes cosas de las que preocuparme sin ti intentando huir. —El brillante extremo de la lanza eléctrica pasó junto a su cara. Su calor producía un hormigueo en las mejillas de Lina—. Ahora es demasiado tarde para huir a cualquier lado.

—Entrégala —ordenó el comandante, pero Korda negó con la cabeza.

—Su hermano y el droide CR-8R están atrapados bajo la superficie.

—¿Y?

—Comandante, el droide contiene información vital para el Imperio. Darth Vader en persona me ordenó que la recuperara.

El soldado de las nieves se puso tenso al oír el nombre de Vader.

—Entonces yo mismo recuperaré los datos.

—Creo que no. Esta nave está dotada de un rayo de tracción. Propongo que saquemos el *Ave Susurro* del agua, recojamos al droide, y entreguemos la información a Lord Vader juntos.

—¿Por qué debería trabajar con un traidor? —preguntó el comandante. Lina pensó que era una buena pregunta.

Korda sonrió.

—Porque este traidor ha programado el *Mensajero Estelar* para que sólo obedezca mis órdenes. Francamente, comandante, usted me necesita más a mí que yo a usted. —Sonrió de nuevo, a sabiendas de que ya había ganado—. ¿Hay trato?

CAPÍTULO 9

EL RAYO DE TRACCIÓN

El *Mensajero Estelar* planeaba sobre el hielo, con los motores rugiendo a todo volumen. Korda se sentó en el asiento del copiloto y comprobó los datos de la sonda de RX-48.

—¡Ahí está! —anunció cuando el ordenador mostró la localización exacta del *Ave Susurro*.

Lina se limitó a observar, impotente, mientras Korda volvía hacia los controles del rayo de tracción. Los soldados de las nieves la habían esposado a uno de los asientos, pero sólo después de quitarle su indispensable cinturón de herramientas. Intentó tirar de sus sujeciones pero no se iban a mover. Estaba atrapada y no había nada que pudiera hacer.

Mientras tanto, los soldados de las nieves miraban fijamente a Korda, con los blásters en las manos, por si acaso.

No podía culparlos. ¿Cómo había podido confiar en él? Todo aquello del trato había sido un paripé. Por supuesto. No había ni una pizca de decencia en él. Había sido muy tonta al pensar que podría vencer a Korda en su propio juego.

Como si pudiera leerle la mente, el capitán se volvió hacia ella, mientras pulsaba un botón. Un fuerte zumbido llenó el aire, acompañado por una vibración que se extendía por el suelo bajo sus pies.

—Rayo de tracción activado —anunció Korda, con una sonrisa triunfal dirigida a Lina.

A mucha distancia por debajo, Milo y CR-8R no eran conscientes de todo lo que pasaba sobre el hielo. En su lugar, Milo estaba aplaudiendo mientras las colas de las criaturas se encendían con luces azules y amarillas.

CR-8R levantó la mirada del ordenador.

—¡Creo que nos están saludando!

—¡Devuélveles el saludo! —ordenó Milo—. Necesitamos pedirles ayuda.

El *Ave Susurro* se sacudió y una luz de emergencia comenzó a parpadear en el tablero de control. Milo se agarró al asiento del piloto para mantener el equilibrio.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Parece ser que hemos sido atrapados por un rayo de tracción!

—¿La nave imperial?

—Lo siento, ¡hoy mis sistemas psíquicos no funcionan muy bien!

—¡No es el momento de ser sarcástico! —espetó Milo mientras el *Ave Susurro* se volvía a sacudir.

—No, ¡es el momento de correr y gritar! ¡Encendiendo el modo pánico!

—Ni se te ocurra —dijo Milo acercándose a la ventana. Los monstruos habían desaparecido.

—Deben de haberse asustado —dijo CR-8R.

Milo gritó cuando notó que el suelo desaparecía bajo sus pies. Cayó hacia delante y se estrelló contra la palanca de control, lo qué le provocó un fuerte dolor en el costado.

CR-8R comprobó el ordenador.

—Me temía que esto pasara. El acantilado se ha desintegrado por el rayo de tracción. ¡Nos caemos!

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Milo. Junto a él, el comunicador comenzó a parpadear.

—¡Sí! —dijo, pulsando el botón—. ¿Lina? ¿Eres tú? ¡Ahora mismo nos vendría bien tener buenas noticias!

—Me temo que tu hermana está ocupada —respondió una suave voz por el comunicador—. Pero no te preocupes, lo tengo todo bajo control.

Milo reconoció la voz de inmediato.

—¡Korda! —siseó.

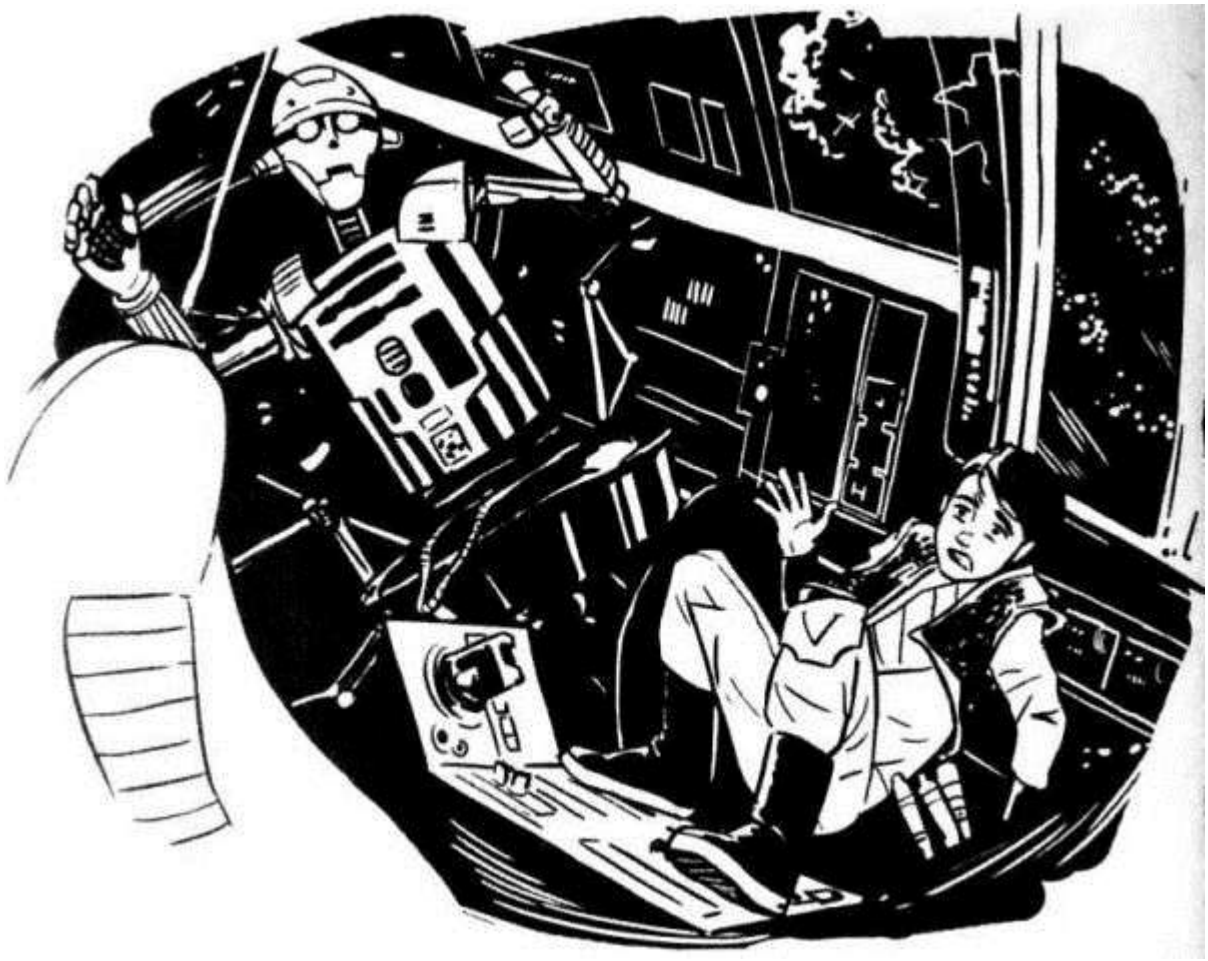
El *Ave Susurro* volvió a tambalearse. Ahora sólo podían ver la profunda oscuridad de las aguas.

—¡Agárrate a algo! —gritó Milo mientras la nave se precipitaba por el borde del acantilado.

—¡Lo intento! —respondió CR-8R, colgando del asiento trasero.

Y de repente quedaron libres, cayendo. A su alrededor todas las consolas comenzaron a explotar y a soltar chispas. Una enorme grieta se formó en la ventana principal. Todas las fugas que Milo había arreglado volvieron a abrirse. Morq cruzó la cabina y se dirigió hacia Milo aullando de miedo.

Milo abrazó a su mascota con fuerza, sin saber qué más hacer.



—Los escudos han caído —gritó CR-8Rpor encima del ruido—. ¡Señor Milo, lo siento!

Milo enterró la cabeza en el pelo de Morq. Lo único que podía oír era el agua corriendo, las chispas de electricidad y el transpariacero resquebrajándose.

¡Esto no podía estar pasando! ¡Este no podía ser el final!

CAPÍTULO 10

AUTODESTRUCCIÓN

Hubo una repentina sacudida y la nave dejó de caer. Milo abrió los ojos, mirando alrededor confundido.

—¡Lo han conseguido! —anunció CR-8R—. ¡Nos han agarrado! ¡Nos están llevando de vuelta a la superficie!

—Querrás decir de vuelta a las garras de Korda. ¿Qué hacemos?

—¿Ser capturados? —ofreció CR-8R como única propuesta.

No, Milo nunca haría eso. ¿Qué había dicho en aquella holograbación? ¿No hay rendición?

Acariciando el pelo de Morq, miró a su alrededor, intentando ignorar las grietas de la nave.

Y entonces percibió movimiento fuera, en el agua. ¡Sí! ¡Era una de las criaturas marinas!

—Cráter, ¿tenemos suficiente energía para enviar otro mensaje?

—¿Con las linternas? —preguntó el droide—. Apenas.

—Diles que necesitamos su ayuda.

—¿A esos monstruos? ¿Qué pueden hacer?

—No lo sé, pero necesitamos hacer algo. ¡No podemos dejar que Korda gane!

Cuando el *Ave Susurro* rompió la superficie del océano, el agua caía en cascada por los agujeros de su casco. Con precisión, Korda colocó la nave sobre el hielo y desactivó el rayo de tracción.

En la cubierta de vuelo, Lina soltó un sollozo al ver el estado de la nave de sus padres.

El *Ave Susurro* estaba destrozada. Una de sus alas había desaparecido y el casco estaba lleno de agujeros. No podría volar de nuevo.

Korda dejó los mandos del *Mensajero Estelar y abrió* el canal de comunicaciones.

—Milo. Contesta. Soy Korda.

No hubo respuesta. Korda repitió su petición, pero siguió sin oír nada más que ruido estático. ¿Qué le habría pasado a su hermano?

Korda se volvió hacia el comandante.

—Tenemos que recuperar al droide por nuestra cuenta.

El comandante negó con la cabeza.

—No. Nosotros recuperaremos al droide. Tú quédate aquí.

Korda se recostó en el asiento y alzó la voz, sin apartar la mirada del soldado de las nieves.

—Ordenador, aquí el capitán Visler Korda del Ejército Imperial. Prepara la autodestrucción, código de autorización: Korda Alpha Gamma Nueve.

El comandante levantó su bláster.

—¿Qué estás haciendo?

Y fue recompensado con otra de las sonrisas de Korda.

—Hice alguna cosa más que reprogramar el *Mensajero Estelar* cuando lo cogí «prestado». También escondí detonadores térmicos en los sistemas de impulso. O están de acuerdo con mis términos o la hago explotar.

—Es un farol —dijo el comandante—. Tú también morirás.

—Comandante, mi reputación está hecha pedazos. ¿Qué más tengo que perder? Déjeme ser parte de esta misión y no destruiré la nave. Recháceme, o traicióneme de cualquier forma, y el *Mensajero Estelar* se convertirá en un puñado de pequeñas piezas. El alto mando se pondrá furioso. Seguramente lo pagará con toda su unidad.

Lina observó cómo hablaba Korda. Si iba de farol, era un actor realmente bueno. Sin embargo, ya la había engañado antes.

—Muy bien —cedió finalmente el comandante.

—Excelente —dijo Korda, poniéndose en pie. Hizo una pausa antes de añadir su última amenaza—. Una última cosa que mencionar: los detonadores térmicos están conectados a mis señales vitales. —Golpeó un transmisor que tenía en el pecho—. Si me pasa algo…

Dejó la frase en el aire, pero Lina supo qué quería decir: ¡Buum!

Los pies de Korda crujían sobre el hielo mientras se dirigía hacia el *Ave Susurro*. Los soldados de las nieves lo seguían a unos pasos. Qué idiotas habían sido al creerse ese sinsentido de la autodestrucción. Korda sabía que se lo tragarían, igual que el comandante se había creído la mentira de que la nave le obedecía exclusivamente a él.

Además ¡como si fuese a suicidarse! No, Korda sabía exactamente lo que iba a hacer. En cuanto tuviera los mapas en sus manos, se desharía de esos lerdos y se marcharía con el *Mensajero Estelar*. Le darían una fortuna por los mapas, lo suficiente para mantenerse alejado del Imperio.

No haría falta volver jamás. Ahora lo tenía claro. Ya había dejado atrás el Imperio, con todas aquellas reverencias y riesgos sólo para agradar a Vader.

No, Korda era libre, responsable de su propio destino. ¿Por qué trabajar para el Emperador Palpatine cuando podía trabajar para sí mismo?

Se detuvieron frente al *Ave Susurro*. Korda se acercó el comunicador a los labios.

—Milo. Esta es tu última oportunidad. Baja la rampa.

Esperó, pero el mocoso no respondió. «No importa. De todas maneras, ¿quién necesita una rampa?».

Volvió a colocar el comunicador en su bolsillo, y se volvió hacia el comandante.

—Haz un agujero en el casco. Tan grande como quieras.

CAPÍTULO 11

ESE DESASOSIEGO

Lina luchó por liberarse mientras veía como el soldado de las nieves disparaba contra el *Ave Susurro*. No le sirvió de nada. No iba a ir a ninguna parte.

En el exterior, los soldados de las nieves habían terminado su trabajo. Había aparecido un enorme agujero en la popa del *Ave Susurro* y Korda ya estaba subiéndose a bordo.

—Cuidado, Milo —dijo en voz alta, como si su hermano la pudiera oír.

Hubo un ruido tras la doble puerta. Pasos. Pasos ligeros que correteaban por el pasillo exterior. Algo había entrado en el *Mensajero Estelar*, algún tipo de animal.

Separó sus puños con fuerza y el metal le cortó las muñecas mientras las cadenas rozaban el respaldo del asiento.

El ruido pareció detener a la criatura, fuera lo que fuese.

—Eso es —gritó Lina, intentando sonar más valiente y terrorífica de lo que era—. ¡Huye! ¡Huye!

Se quedó callada de nuevo, escuchando atentamente. La nave estaba en silencio. ¿Lo había conseguido? ¿Esa cosa se había marchado?

Entonces, los pasos sonaron otra vez, más cerca que nunca. Se dirigían directamente hacia ella a toda velocidad.

Las puertas de la cabina de vuelo se abrieron y la criatura saltó al interior, chillando con todas sus fuerzas.

Korda arrugó la nariz, disgustado, a medida que avanzaba por el *Ave Susurro*. ¿Esta era la nave que se le había estado escapando durante tanto tiempo? Antes, en la cueva de hielo, había fingido admiración por Lina Graf para ganarse su confianza. Ahora lo único que sentía era lástima.

¿Cómo podía vivir alguien en estas condiciones?

Se volvió hacia el comandante y levantó un dedo hasta sus labios. Se oía una voz delante: un chico joven.

Milo.

—Conteste, por favor —dijo—. Aquí el *Ave Susurro*. Hemos sido atacados por las fuerzas imperiales. Por favor, envíen ayuda.

Korda sonrió. Nadie podría oír la llamada, no tan dentro del Espacio Salvaje. Agarró su lanza de energía y se dirigió hacia la cabina. Primero se encargaría del chico y después de los soldados de las nieves.

Era casi demasiado perfecto.

La voz llorosa de Milo continuaba su desesperada súplica.

—Conteste, por favor. Aquí el *Ave Susurro*. Hemos sido atacados por las fuerzas imperiales. Por favor, envíen ayuda.

—No va a venir nadie —anunció Korda, entrando en la cabina. Entonces se quedó helado.

Un holograma de Milo Graf parpadeaba frente a la unidad de comunicación, emitiendo una y otra vez una grabación.

—Conteste, por favor. Aquí el Ave Susurro. Hemos sido atacados por las fuerzas imperiales. Por favor, envíen ayuda.

¡Los habían engañado!

Korda rompió el transmisor con la lanza de energía y el holograma se desvaneció.

Se dio la vuelta.

—El chico debe de estar escondido en algún lugar de la nave. Encontradlo.

Pero el comandante estaba como un niño, mirando las linternas atadas al ventanal resquebrajado de la cabina. Estaban emitiendo rojo y púrpura, siguiendo una especie de secuencia simple.

—¿Qué es esto? —preguntó el comandante.

—¿A quién le importa? —bramó Korda—. ¡Encontrad al chico!

El comandante miró más de cerca.

—Están apuntando hacia el hielo.

Korda iba a agarrar al hombre por los hombros cuando se produjo un profundo estruendo bajo la nave. El *Ave Susurro* se sacudió cuando unos brazos blancos atravesaron el hielo. Korda cayó hacia delante cuando la nave se vino abajo. Una enorme cola, parpadeando de un color púrpura y rojo, se había envuelto alrededor del *Ave Susurro*, arrastrando la nave.

¡Arrastrándola hacia el agua!

Korda empujó al comandante mientras se hundían bajo la superficie. El agua helada inundó la nave, entrando por el agujero que los soldados habían abierto. Entró a borbotones en la cabina incluso cuando el casco se dobló por la presión de la monstruosa cola.

Los soldados de las nieves luchaban contra la avalancha, pero el peso de sus armaduras les hundía. Korda no volvió a dirigirles la mirada. Se sacudió las pieles empapadas y nadó a través de la nave. Las paredes se estaban derrumbando, pero él seguía adelante, ¡Visler Korda no iba a morir en una insignificante luna a años luz de la civilización!

Sus pulmones gritaron en busca de oxígeno mientras llegaba a la salida, sólo para encontrarla bloqueada por la cola del monstruo. Unas manchas negras aparecieron ante los ojos de Korda. Se estaba desmayando. Buscó en su cartuchera y alcanzó el bláster. Finalmente, consiguió sacarlo y disparar. El disparo salió desviado, golpeando el cascó, pero funcionó. La cola se retorció, lo suficiente para que Korda se escabullera y saliera de la nave.

El sol se filtraba por el agujero en el hielo mientras Korda buceaba hacia arriba. «No queda mucho más —se dijo a sí mismo—. Ya casi».

Algo le rozó el pie, pero lo apartó de una patada. Necesitaba seguir adelante. Necesitaba sobrevivir.

Korda salió a la superficie justo cuando estaba a punto de perder el conocimiento. Comenzó a toser y notó un repentino dolor al recibir aire en sus cansados pulmones y recuperar sus sentidos.

No podía detenerse. No sabía si aquella cosa que había cogido al *Ave Susurro* iba a volver. Se esforzó por llegar al borde del hielo y sacó su dolorido cuerpo del agua. Se quedó tumbado durante un minuto, jadeando y deseando dormir. No. Tenía que permanecer despierto. Estaba empapado de pies a cabeza. No pasaría mucho tiempo antes de que sufriera una hipotermia.

Korda se puso de pie de un salto, temblando por el aire frío. Algunos cristales de hielo se habían empezado a formar en sus ojos, pero el sonido que le llegó a los oídos era inconfundible.

¡El *Mensajero Estelar* estaba despegando!

Se limpió los ojos y dejó ir un gruñido mientras la nave robada se alzaba firmemente en el cielo. Cayó de rodillas y bramó mientras ésta desaparecía entre las nubes.

—No. ¡No podéis hacer esto! ¡Volved! ¡Volved!

Un segundo después, ya no había rastro del *Mensajero Estelar*.

Solo en el hielo, el capitán Korda echó la cabeza hacia atrás y gritó.

La tripulación del crucero imperial se puso en marcha cuando el *Mensajero Estelar* llegó al espacio. Esperaban oír a los soldados de las nieves, no ver como el prototipo robado hacía un intento de huida. El capitán del crucero pidió al ayudante que iniciara el rayo de tracción, pero ya era demasiado tarde. El *Mensajero Estelar* aceleró y entró en el hiperespacio antes de que pudieran llegar a los controles.

En la cubierta de vuelo del *Mensajero Estelar*, Lina cayó desplomada sobre el asiento del copiloto. Estaba en silencio, como su hermano. El animal del pasillo había resultado ser Morq, y Milo y CR-8R lo seguían de cerca.

Milo explicó lo que habían hecho mientras usaba una de las herramientas de Lina para quitarle las ataduras.

—Había esas criaturas en el mar. Les enviamos un mensaje, pidiéndoles que atacaran el *Ave Susurro*, justo antes de salir de la nave.

Milo había sacrificado el *Ave Susurro* para escapar, para sobrevivir.

Lina todavía no podía asimilarlo. Ahora sí que podían dar *al Ave Susurro* por perdido.

Su casa.

El último vínculo con sus padres.

Empezó a llorar.

—¡Hermanita! —dijo Milo, envolviéndola en un abrazo. Ella lo abrazó, deseando que aquel abrazo no acabara nunca.

—Lo siento —sollozó—. Todo esto es culpa mía. Si no hubiese mentido, si no os hubiera engañado a todos…

—No sabías que esto iba a pasar. Además, intentabas encontrar a mamá y a papá. Podrían seguir por aquí.

Tras ellos, CR-8R examinaba una pantalla.

—Me temo que no. Al parecer la pista de los Bridger era falsa. El propio capitán Korda envió el mensaje, para atraerlos aquí.

—¡Ves! —dijo Lina, separándose de su hermano—. Nunca deberíamos haber venido. Ahora lo hemos perdido todo. La nave. Todos nuestros recuerdos de mamá y papá.

—A lo mejor no todo —dijo CR-8R. Con un zumbido, su holoemisor se encendió. La cubierta de vuelo se llenó del recuerdo de Lina, Milo y sus padres jugando con los *speeder*.

—Antes de escapar, me descargué todo lo que pude de los archivos del *Ave Susurro*, incluidas la mayor parte de las holograbaciones.

Ahora era el turno de abrazar a CR-8R. Ambos niños corrieron a través del holograma para arrojar los brazos alrededor del desconcertado droide. Incluso Morq se les unió, riendo salvajemente.

—Paren —dijo CR-8R, intentando apartarlos. Después su voz se suavizó—. Me alegro de que estén a salvo. Sé que sólo soy un viejo droide quisquilloso, pero no sé qué hubiera hecho sin ustedes dos…

—¿Y qué pasa con Morq? —preguntó Milo, secándose las lágrimas.

—¡No me fuercen! —dijo CR-8R, intentando desenganchar al mono-lagarto de su unidad de repulsores.

Milo rio, mirando la impoluta cubierta de vuelo.

—Supongo que tenemos nueva nave. Esta es muy guay.

—¡Y el Imperio la está buscando! —apuntó Mila.

Milo se encogió de hombros.

—¡Como a nosotros!

—Hay algo más —dijo CR-8R, volviendo a la consola—. El capitán Korda se conectó a la red de comunicaciones del Imperio.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Milo, acercándose a la pantalla.

—Seguramente para poder mantenerse informado gracias a los canales oficiales —sugirió Lina.

—Exacto —dijo CR-8R—. Estaba buscando alguna mención a ustedes o a sus padres. Y la encontró.

Apareció una imagen en la pantalla. Mostraba a un hombre y una mujer. La imagen estaba borrosa y poco definida, pero Milo los reconoció al instante.

—¡Son mamá y papá! ¿Dónde están?

Lina se balanceó en una silla y pulsó un botón. La información pasó por la parte inferior de la imagen.

—Según esto, se los han llevado a un planeta en el mismísimo borde del Espacio Salvaje.

—Parece ser una especie de colonia minera del Imperio —les dijo CR-8R—. El planeta es uno de los que sus padres visitaron antes de que nacieran ustedes.

—¿En serio? —dijo Milo, concentrado en la pantalla—. ¿Cuál es?

—Uno de los primeros planetas que mapearon. ¡Se llama Agaris!

EPÍLOGO

Rhyssa Graf tropezó mientras se alejaba de la lanzadera imperial. Su marido, Auric, la alcanzó y ella se volvió para mirarlo a la cara.

Se había quedado muy delgado y su piel parecía un pergamino.

Le entró un escalofrío al pensar cómo estaría ella.

—Moveos —ordenó un soldado de asalto, golpeándola en la espalda. Rhyssa se sumergió en un oscuro hangar a través de un pequeño pasillo. Auric le cogió la mano, entrelazando sus dedos con los de su esposa.

La humedad se instaló en la piel de Rhyssa. El planeta era acuoso y frío. Desde el aire, el lugar le había parecido familiar, aunque no sabía por qué: estaba teniendo problemas a la hora de reconocer cualquier cosa durante los últimos días.

El aire del túnel estaba repleto de humedad y apestaba a moho y vegetación podrida. Les habían llevado a una habitación prácticamente vacía, salvo por una mesa y unas sillas.

Una mano enguantada se posó sobre su hombro, obligándola a sentarse. Se sentaron en silencio, flanqueados por dos soldados de asalto, con la esperanza de que fueran benévolos.

Finalmente, una puerta se abrió y entró un hombre alto. Su uniforme estaba inmaculado y tenía las manos fuertemente apretadas en su espalda. Su pelo, grisáceo, estaba repeinado y su cadavérico rostro estaba dominado por una larga nariz encorvada.

La repentina aparición tuvo un efecto inmediato en los guardias. Los soldados de asalto se pusieron tensos, dando la apariencia de ser un poco más altos.

¿Quién era ese hombre?

El recién llegado se detuvo frente a ellos antes de acercarse una silla. Se sentó, se alisó la túnica y se inclinó sobre el escritorio.

Rhyssa no podía apartar la mirada de sus ojos. Eran como dos agujeros negros que la atraían.

—Bienvenidos a Agaris —dijo finalmente. Su voz era entrecortada y refinada. Miró a ambos y sus finos labios se elevaron en una leve sonrisa. A Rhyssa le dio un escalofrío. Era como mirar una serpiente que intentara sonreír—. Mi nombre es Wilhuff Tarkin —continuó el hombre—. Tenemos que hablar sobre vuestros hijos.

LA AVENTURA CONTINÚA EN
STAR WARS
AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE
Séptimo libro: EL RESCATE